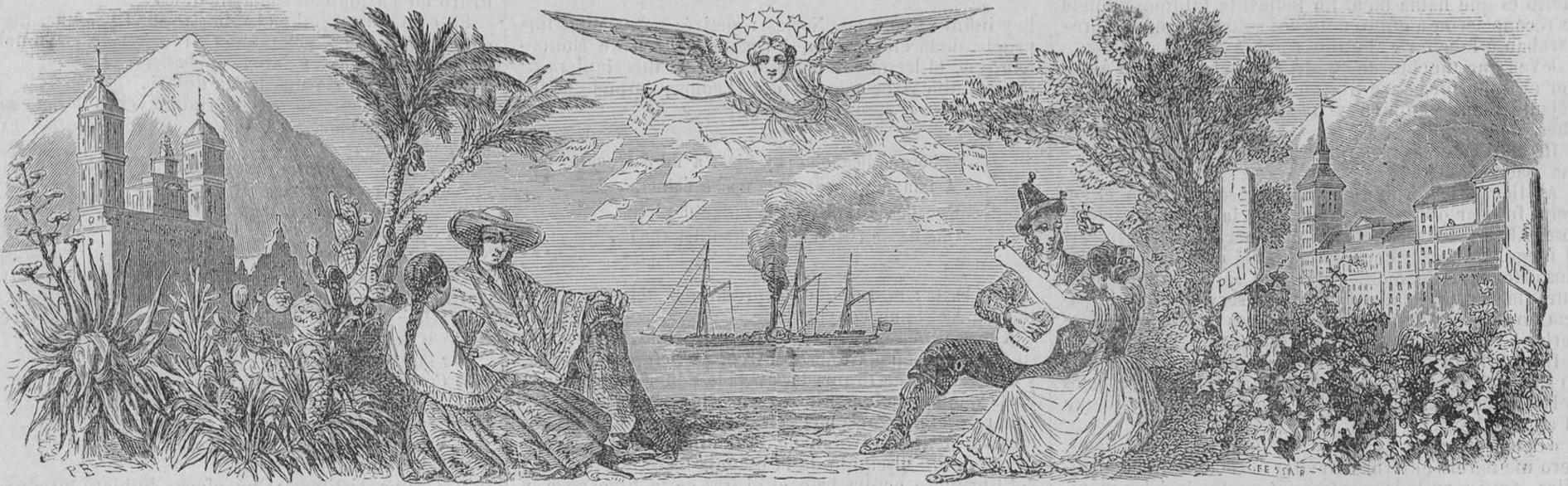


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administración general, passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 27. — N° 832.

SUMARIO.

El general Grant en su intimidad; grabado. — Revista española. — Las elecciones del Parlamento reformado en Inglaterra; grabados. — Una visita al palacio de Augerville, residencia de M. Berryer; grabados. — Revista de París. — Cantares. — Recuerdos y tradiciones de Cataluña: El salto de la reina mora. — Rio-Janeiro; grabados. — Debe y haber, novela escrita en alemán por Gustavo Freitag. — La Moda del Correo de Ultramar; grabados. — Aviso importante.

El general Grant en su intimidad.

Así como en Europa el poder se complace en el fausto y la ostentación, así en los Estados Unidos aspira á la sencillez y á la supresión de toda clase de etiqueta. El presidente no se considera mas que como servidor del Estado, y bajo este concepto la opinion solo espera de él el cumplimiento de sus deberes.

Todos los presidentes de los Estados Unidos han pro-

curado conformarse á esta regla de conducta; pero diríase que el general Grant se halla dispuesto á llevar hasta el rigorismo la práctica de estas costumbres republicanas. Desde que está elegido presidente sus amigos y partidarios han tratado de organizar en su honor muchas manifestaciones, que siempre se han estrellado contra el deseo del general de no dar motivo á fiestas ni reuniones patrióticas.

Tranquilamente retirado en Galena, evitaba presentarse en público, y el grabado que damos en esta página nos demuestra cómo empleaba sus ocios el vence-



ESTADOS UNIDOS. — El general Grant en su intimidad.

dor de la rebelion del Sur. Al caer la tarde tenia la costumbre de ir á Main-street, en donde vive un comerciante amigo suyo llamado M. L. S. Felt, y allí confinado en una tienda calentada con una estufa, conversaba con algunos intimos de las cosas del dia.

Para ir á Washington, el general ha hecho arreglos con las compañías de ferro-carriles, á fin de evitar toda presentacion oficial.

Si como es sabido, el general Grant habla poco, lo cierto es que habla bien. En Belleville (Illinois) donde le reconocieron algunos antiguos soldados que se preparaban á felicitarle, les dijo:

« Veo que muchos de vosotros os habeis vuelto á poner el uniforme. Hace tres años dejásteis ese uniforme, dejadle ahora tambien y tendremos paz. Buenas noches. »

Hé aquí cómo el general se muestra fiel á su programa pacífico.

Al llegar á Washington lo primero que hizo el general fué dar órdenes para evitar toda reunion estrepitosa. Al instalarse en su cuartel general mandó arrojar al fuego, sin tomar conocimiento del contenido, los varios celemines de memoriales que se habian recibido durante su ausencia, y dijo que los servidores de la patria no tenian nada que pedirle, pues él sabria reconocerlos y recompensarlos segun merecen.

Habian formado un comité para festejar su triunfo y su llegada; mas el general Grant frustró los proyectos del comité, con estas palabras que dijo á su presidente el alcalde Bowen:

« Celebro veros y os agradezco vuestras felicitaciones, pero me hareis el favor de evitar toda demostracion pública. Aquí y en todas partes seré contrario á las manifestaciones, y jamás, con anuencia mia, habrá ninguna en mi honor. Estoy dispuesto siempre á recibir á las personas que quieran verme en mi despacho, á cualquiera hora que sea, y así es que no necesitan recurrir á manifestaciones públicas. Si aceptais este medio, quedaré satisfecho y pienso que vosotros tambien lo estareis. »

El alcalde debió ceder, y por lo tanto no habrá habido demostracion pública.

Hé ahí una presidencia que se inaugura con resoluciones viriles y con intenciones tan firmes como rectas. ¡Ojalá produzcan entre el Norte y el Sur la reconciliacion que debe unirles para siempre!

H. V.

Revista española.

TEATROS. — *No hay vida como la honra.* — *Justicia Providencial.* — *Un artículo del código.* — *La Buena causa.* — *La Gran duquesa de Gerolstein.* — Galería de cuadros vivos ó sea Madrid á vista de suscritores del *Correo de Ultramar.*

Suponiendo á mis lectores muy enterados de los sucesos políticos, me limito á darles cuenta de los literarios, sin perjuicio de trazar un verdadero cuadro de la situacion moral de Madrid.

Empecemos por los teatros.

La direccion de la compañía del Teatro Español (antes del Príncipe) ha elegido una de las mejores obras del teatro antiguo: *No hay vida como la honra*, de Montalban; y un público escogido se apresuró á aumentar con su asistencia la solemnidad de esta funcion artística.

Al atractivo de la comedia unia la inauguracion de las tareas de la compañía del Teatro Español el atractivo de la novedad.

El interior del teatro ha sido completamente restaurado y mejorado.

Nada tiene que envidiar bajo este punto de vista á los demás de la ex-córté.

En España el teatro no es, como en Francia y en las demás capitales de Europa, un espectáculo: allí se va á ver la funcion; aquí se va al teatro por la obra, por los actores y al mismo tiempo por la sociedad.

Los entreactos, visitando á las damas en los palcos, hablando en las butacas de política ó de negocios, pasan con rapidez.

La comedia que se representaba es, si no por su desarrollo, por su pensamiento y por su forma, una de las joyas del rico repertorio español.

Montalban, ridiculizado por Quevedo, ha llegado hasta nosotros con el sambenito de la sátira del gran pensador del siglo XVII.

Nada mas injusto; Montalban es un gran poeta, y, si la forma del arte dramático es la sintesis, es uno de los primeros autores dramáticos de su siglo.

Acusante de culteranismo: cierto que busca la frase, que se goza en ella; pero ¡qué profundidad de pensamientos! ¡Qué riqueza de imaginacion! A cada instante se halla un concepto inspirado, una belleza de estilo ó de pensamiento.

Muchos de estos tesoros pasaron desapercibidos. Y, sin embargo, no ha avanzado nuestra literatura dramática mas que lo que aparece en las comedias de Montalban.

En la de que me ocupo hay motivo de sobra para honrar la memoria de tan insigne poeta.

Además de la alusion á Quevedo en aquellos versos que al contar su historia dice don Carlos:

Y sobre todo hago versos
Sin decir mal de los otros,
Que para el siglo que corre
Os prometo que no es poco,

hay infinitas bellezas. No las repetiré; pero como una prueba de la entonacion, del genio poético de Montalban, que el lector me permita recordar una siquiera de las magnificas octavas en que Leonor llorando la ausencia de su esposo, dice:

Porque llegando ¡ay Dios! á mi despacho
A imaginar, cuando la noche calma,
Que ha de sobrarme la mitad del lecho,
Que ha de faltarme la mitad del alma ..

Este basta: no se puede expresar mas delicada y tiernamente el amor conyugal.

A la segunda obra que se ha estrenado ha llamado su autor, el señor Nuñez de Arce, *Justicia Providencial*, y al escribir este drama ha querido poner en evidencia hasta dónde conducen las exageraciones.

Para producir mas efecto ha buscado el contraste colocando á un individuo de la familia de los neos enfrente de un discípulo de la escuela materialista.

El primero oculta bajo el disfraz de la hipocresia y bajo la máscara de la humanidad un corazón podrido; el segundo, con un alma generosa y grande, con todos los elementos para comprender la grandeza de Dios, aparece gracias á las exageraciones de la ciencia soberbia que practica, como un hombre sin fe, como una figura de mármol, como una planta estéril.

El poeta ha buscado, sentadas estas premisas, las consecuencias de tan opuestos modos de ver.

Digno es de elogio el pensamiento de la obra, inspirado el deseo que ha puesto en las manos del señor Nuñez de Arce su tantas veces laureada pluma.

Que con ella ha bordado el diálogo, que con ella ha enriquecido la accion, que su trabajo es digno de la justa fama que ha adquirido su nombre, es indudable.

Pero *noblesse oblige*, y á decir verdad la fábula no corresponde á las esperanzas que los admiradores del poeta habiamos concebido.

La accion, descartando las bellezas de la forma, tiene todo el carácter de esos dramas terribles que embelleció el romanticismo y vulgarizaron mas tarde Bayard y Aniceto Bourgeois.

A pesar de estas novedades, el público no acude á los teatros, está muy preocupado y las empresas apenas sacan los gastos que hacen.

Pero prosigamos la reseña.

En el teatro de la Zarzuela se estrenaron la misma noche un drama arreglado del francés y una comedia original.

El drama se titula: *Un artículo del código*; la comedia, *Marinos en tierra*.

El primero, arreglado del francés por el apreciable actor don Antonio Zamora, está reducido á la lucha entre dos antiguos amantes. Un vizconde ha tenido amores con una jóven modista, la desigualdad de clases ha impedido su union; pero una niña, que es el fruto de estos amores, y las lágrimas de la madre, deciden al vizconde á darle su mano.

Camila, que este es el nombre de la modista, no es, sin embargo, digna de la honra que quiere dispensarle el vizconde. El padre de este le presenta las pruebas de su infidelidad, y llega á tiempo de evitar su enlace.

El vizconde se lleva á su hija, quien al segundo acto es una jóven de diez y seis años. Al lado de su padre y de su abuelo es el ángel tutelar de los dos, es un dulcísimo rayo de luz en medio de la sombra de tristeza que rodea á aquella familia.

Camila, que se ha arrojado en los brazos del vicio, persigue sin cesar á su antiguo amante, quiere robarle el amor de su hija, y al mismo tiempo saquearle.

Al saber que Sofia ama á un jóven, al saber que va á unirse con él, aconsejada por un abogado y fundada en un artículo del código, exige al vizconde que le entregue su hija.

La pobre niña, que adivinaba su desgracia, se informa de todo lo que sucede, y cuando la autoridad se presenta en la casa del infortunado padre á buscarla en virtud de una sentencia del tribunal, Sofia exige que la dejen á solas con su madre.

Las lágrimas de la hija enternecen el empedernido corazón de la madre, el odio que abriga se convierte en ternura, y, vencida, declara la verdad, renuncia al triunfo que la ley le ha otorgado, lo sacrifica todo á la felicidad de su hija, y parte á sufrir el castigo del remordimiento en la soledad, en el retiro.

La comedia *Marinos en tierra*, sin ser otra cosa que un pretexto para presentar con todo el colorido la figura de un marinero, está pensada y escrita con tanto sentimiento, que deleitando desde el principio hasta el fin, logra herir las fibras mas delicadas y arrancar lágrimas á los espectadores.

La obra tiene grandes bellezas, y el público que es justo, la aplaude todas las noches con entusiasmo, llamando al palco escénico á su autor.

La fábula es sencilla y carece de novedad; pero los sentimientos de la patria, de la familia, del amor, de

la disciplina, expresados con toda la truhaneria sentimental, si es posible decirlo así, de un andaluz y de un marinero, dan una luz que la embellece en alto grado.

Tambien ha habido en el teatro una funcion patriótica.

En un palco estaba el general Prim con su bella señora. Poco despues ocupó un asiento en el mismo palco el gobernador de la provincia.

Casi al lado se hallaban el general Serrano y el ministro de Marina con sus ayudantes.

En otro palco estaba el ministro de Ultramar. En las demás localidades ostentaban preciosos trajes muchas de las mas elegantes damas de Madrid.

El teatro parecia una tacita de oro.

Iba á representarse por la primera vez *la Buena causa*, episodio de la batalla de Alcolea, improvisado por Emilio Alvarez.

Representóse primero una comedia de Bermejo, titulada *Contra viento y marea*.

Aunque de escaso interés, está bastante bien versificada.

El público la oyó, pero esperando *la Buena causa*, que era en verdad la causa que le habia impulsado á ir al teatro.

— ¿Qué podrá ser el drama? se decian los Aristarcos.

— No debe tener gran importancia.

— ¿Por qué?

— Con cuatro personajes ¿qué puede hacerse?

— Y luego un episodio de una batalla, en el que no se dice que saldrán soldados, cañones...

— Y que no verá el espectador el combate.

— Y la toma del puente.

— Es una lástima. ¿Qué efecto hubiera producido una obra con este espectáculo.

— Habria metido ruido.

— ¡Sobre todo si se hiciera jugar á la artillería!

— En fin, veremos lo que es.

La gente se sentó, se levantó el telon y apareció á la vista de los espectadores el interior de una modesta casa de labranza, en las cercanías de Córdoba.

La chimenea de campaña, el símbolo del hogar, de la familia, los pucheros sobre el vasar, el arca de la ropa, la escalera para subir al pajar, todo estaba allí.

¡Qué hermoso cuadro! ¡Qué modestia tan encantadora!

— ¿Qué puede suceder en esa casa que interese al público? se dirian los que no ven mas que con los ojos.

— ¿Qué puede suceder? Dad inspiracion á un poeta y las figuras que coloque en ese sencillo cuadro serán capaces de arrancar lágrimas de ternura al mismo vencedor de la batalla de Alcolea.

En la casa que describo vive una pobre madre con su adorada hija: tiene un hijo en el ejército, es el soldado, la disciplina le obliga á obedecer á sus jefes, y todo hace creer á la infeliz anciana que su hijo ha entrado en accion, que ha muerto tal vez.

¡Qué interés despierta aquella pobre madre! ¡qué verdad hay en su dolor! ¡Cuántas habrá habido como ella llorando en el fondo de una miserable aldea, mientras sus hijos luchaban por la patria ó por el deber!

Su hija tambien llora, pero no solo por su hermano; César, su compañero de la infancia, su prometido, es soldado tambien.

El padre de este tiene esperanza.

— ¡Mi hijo volverá triunfante! exclama.

Y vuelve: en la batalla de Alcolea se ha portado como un héroe, ha vencido; pero, ¡qué victoria tan dolorosa!

La pobre madre que espera á su hijo no se contenta con ver al novio de su Maria.

— ¡Este debe saber algo de mi Rafael! exclama.

Deja solos al padre y al hijo, pero vuelve y se oculta para escuchar. La descripcion de la batalla es uno de los mas inspirados fragmentos de la poesia moderna.

César refiere esa página gloriosa y terrible á la vez que eternizará el nombre de Alcolea: pero allí en el fragor del combate, sin odio, pero con denuedo, se ha encontrado frente á frente con otro soldado español que ha querido matarle; en vez de sucumbir al golpe de su bayoneta le ha herido de muerte: al reconocer á su adversario se ha horrorizado. Era Rafael, su amigo de la infancia, su hermano, el hermano de su amada Maria, el hijo de doña Carmen, á quien ya considera como madre... ¡Qué horrible triunfo! ¡Mas le valiera haber muerto!

Un grito desgarrador interrumpe su relato: la madre de Rafael le ha oido, y la pobre mujer, convertida por el dolor en una hiena, prorrumpe en gemidos que llegan hasta lo mas hondo del corazón de los espectadores y hielan la sangre.

¡Ah! la guerra civil: en presencia de aquella escena palpitante de verdad solo pueden aceptarla los tigres. Los valientes generales no apartaban su vista del cuadro; estaban conmovidos. ¿Y cómo no? Si no lo hubieran estado no tendrian alma, y el alma en el sentido que aquí tiene, es un gran título, es la gloria militar que rodea sus nombres.

Despues de aquella escena parecia imposible algo mas, y sin embargo, hay mucho mas; hay la súplica del hijo moribundo á la madre; hay el perdón de la infeliz anciana; hay la esperanza de que César será para aquella familia que queda en la orfandad un sosten, un apoyo.

La obra de Emilio Alvarez ha obtenido un gran éxito.

Lo merece.

En ella ha reunido á la habilidad del autor dramático viejo, la inspiración del poeta joven.

La Buena causa ha sido buena hasta para él, hasta para el público, hasta para el arte.

Antes de ayer se estrenó en la Zarzuela un drama titulado *Luis XVI*, es la historia de este desgraciado monarca.

El público se conmovió, sobre todo al verle salir para el patíbulo.

Nuestra revolución no ha cometido tantos horrores ni es posible que los cometa.

En los Bufos acude el público á conocer á la *Gran duquesa de Gerolstein*, señora de historia que ha hecho en París la fortuna de los autores de sus días, y que en Madrid promete aumentar las ganancias de los Bufos Arderius.

Esta señora quiso presentarse en Madrid el año pasado, pero la censura se opuso á que la vieran los madrileños. Sin duda para que no diese mal ejemplo.

¡Qué prevision!

— Pues mire Vd.; yo por la misma razón de que la prohibieron, desearia ir á verla, decia antes de ayer una señora á una amiga suya.

— Mi marido dice que es peligrosa.

— Y el mio lo mismo.

— Pero ellos van.

— ¿Por qué no los imitamos nosotras?

— Tal libertad...

— ¿No son ellos liberales?

— Sí, pero...

— ¿Qué hora es?

— Las ocho.

— Hay tiempo: échese Vd. un vestido y nos vamos los Bufos.

Las mujeres son siempre hijas de Eva.

Las dos señoras fueron y tuvieron el gusto de conocer á la gran duquesa de Gerolstein.

No crean mis lectores que es algun monsturo, ni siquiera una sirena. Es pura y simplemente una soberana mal educada, que tiene un general en jefe todo lo estúpido que puede desearse, un príncipe aspirante á su mano todo lo estúpido que puede presumirse, y que, en uso de su soberanía, ve á un granadero joven, le agrada, le nombra cabo, un minuto despues sargento, mas tarde oficial, casi en seguida general, y, por último, general en jefe de sus tropas.

Este modo de recorrer la escala tan de prisa tiene el mérito de haberse anticipado al descubrimiento del vapor y de la electricidad, porque á juzgar por los trajes jocosos de los personajes, la acción pasa en el siglo pasado.

— ¿Y puede censurarse á una gran duquesa que favorezca de ese modo á un granadero guapo? preguntarán las damas.

Me guardaré muy bien de emitir mi opinión.

Lo que sí añadiré es que en tal zarzuela se ponen en el ridículo mas espantoso todas esas fórmulas que constituyen la etiqueta de los palacios, y mas grotesta que intencionadamente se reviste con el sambenito de la caricatura lo que se llama régia prerogativa. El espectáculo hace reir, es cierto, pero deja en el alma un fondo de tristeza.

Es el vicio jugando con los atributos de la virtud.

Bien conozco que estas cosas no las inventan los poetas; lo que mas hacen es exagerarlas; concederé tambien que si los reyes no tuvieran debilidades, ó sobre todo si no las tuvieran como reyes, los escritores y los caricaturistas no nos ofrecerian espectáculos como el de la *Gran duquesa de Gerolstein*.

Pero no vendrá mal que los autores, acordándose, al mismo tiempo que de halagar las pasiones de las masas, de no contribuir á demoler por demoler, sin ánimo ni fuerza para edificar, presentarán las llagas, no solo para horrorizar, sino para estimular á curarlas á los que deben y pueden.

Por lo demás, la *Gran duquesa de Gerolstein* aparte del can-can obligado para dar gusto á los señores, y de la demasiada voluptuosidad de la protagonista, que se inflama en seguida, la obra no tiene nada de peligroso.

Al contrario; hace pensar que, si son ciertas las costumbres que allí se pintan, son malas y merecen algo mas que el ridículo.

Como lo prometido es deuda, voy á trazar el aspecto de Madrid en varios cuadros ó escenas.

Acompáneme el lector.

En una casa de comercio.

— Buenos días, ¿está el principal?

— En su despacho, pase Vd.

— Qué tal, ¿se vende?

— Poco.

— ¡Válgame Dios, qué año!

— ¡Con estas cosas!

— Pues... pero voy...

— Buenos días, señor don Próspero... ¿qué tal?

— Desmintiendo mi nombre, ¿qué le trae á usted aquí?

— He recibido una carta del dueño de la fábrica.

— Y ¿qué dice?

— Aquí para inter nos me dice que no se atreve á trabajar. Las existencias le abrumán.

— Yo lo creo.

— Así es que desea vender aunque pierda.

— ¡Perder! Sí, sí, facilillo es eso. Primero que perder un ochavo se dejará don Dimas arrancar una muela.

— Pues créame Vd., necesita dinero y está resuelto á echar la casa por la ventana.

— Sí, por cierto.

— Pues vea Vd. esta nota y se convencerá Vd. de las grandes rebajas que hace.

— Es verdad... y no lo hubiera creído.

— Apenas he leído su carta «voy á ver á don Próspero, me he dicho: él es muy precavido, siempre tiene dinero en caja, y haciendo un señalado favor á don Dimas, puede comprar por cuatro lo que vale diez y darme á ganar dos» con que, ¿qué dice Vd?

— El negocio es tentador.

— Animo, hombre.

— Temo arriesgar dinero, pero en fin...

— Gana Vd. un 150 por 100; con que me parece....

— Cierto, pero en fin, por ayudarle, dígame Vd. que si me rebaja un 15 por 100 mas, entraré en el negocio.

— No sea Vd. tirano.

— Lo que le compre ha de estar muerto de risa en la tienda.

— En fin, se lo diré.

UN CHICO FUERA. ¡La igualdad! ¡La igualdad!

— A ver... compra ese periódico.

— ¿Es Vd. político?

— Soy curioso... Veamos qué es lo que dicen los republicanos: ¡Diablo!

El domingo habrá una comisión republicana, con comisiones de las provincias, y despues da la noticia de que se han reunido en Barcelona 60,000 y 20,000 en Sevilla y 10,000 en Málaga y...

— Con que me voy; escribiré á don Dimas.

— No, no, me vuelvo atrás; la cosa está mas enredada de lo que me parece. No se ve claro, y siquiera, que haya dinero disponible para lo que pueda ocurrir.

— Pero un negocio tan saneado...

— Cuando entremos en caja, entonces, ahora lo que conviene es tener preparado el equipaje, para salvar en todo caso la pelleja.

En una casa aristocrática.

— ¿Pero estás en tu juicio, esposo mio? ¿Quieres que nos quedemos en Madrid?

— Aquí tenemos nuestra casa, nuestras comodidades.

— Y ¿no temes?

— Si imito á nuestros amigos, si me voy como todos, tendrán razón despues los españoles si me niegan el título de español.

— Es cierto; pero aquí vivimos con el alma en un hilo, sin distracciones, sin...

— La semana que viene quiero dar un banquete.

— ¿Estás en tu juicio?

— Y luego un baile.

— ¿Para bailar los dos?

— No, vendrán los amigos, las señoras darán trabajo á las modistas, los caballeros harán gastos, y los pobres industriales se animarán.

— Si no hay nadie en Madrid que se atreva á salir de su casa.

— Yo les daré el ejemplo; y además, nos abonaremos á la Opera.

— Ahora que va á cerrarse el teatro.

— Tomaremos un palco diario en el Príncipe.

— Para estar solos.

— Ello es preciso que contribuyamos todos á salvar al país; porque no tiene gracia que los pobres sufran y los ricos vengán á disfrutar cuando lo tengan aquellos arreglado todo.

— Eres un infeliz. ¡Cuánto mas nos valdria pasar el invierno en París! allí están todos los amigos, van al teatro, á los bailes, á Compiègne, ¿no es mejor eso que lo que tú proyectas? Quedarnos aquí, suscribirte al empréstito por un millon, ser diputado á Córtes, tratar de que te nombren concejal: todo eso es de mal gusto.

— Me honro con ser español, y quiero merecer este título.

UN LACAYO con una bandeja llena de periódicos.

— Aquí están los diarios.

— Dame y véte... Voy á ver... (lee) «El gobierno tiene miedo.» A ver este otro: «El gobierno es reaccionario.»

— Mira, mira lo que dicen de Olózaga... le llaman el *Gloton de los Campos Eliseos* y la *Sor Patrocinio de la situación*.

— No es posible... su edad, sus títulos.

— Le ponen de vuelta y media.

— Eso no se concibe... al enemigo se le combate, pero cuando es anciano, se le respeta.

— Mira, mira lo que dicen de los monárquicos. Pues este otro periódico pone á los republicanos que no hay por donde cogerlos.

— El dia menos pensado se van á las manos.

— ¡Calla! este periódico ayer ministerial, ataca hoy al gobierno.

— Por algo será.

— ¡Oh! ¡qué hombres! ¡qué país!

— Sé diputado.

— No.

— Y concejal.

— Tampoco.

— Suscríbete al empréstito.

— Eso sí; pero en cuanto me suscriba nos iremos. Si la prensa es la opinión pública, la opinión pública en España va á parecerse en breve á la anarquía.

— ¿Iremos á París?

— Antes de cuatro dias.

En el gabinete de un banquero. MONÓLOGO.

— ¿Tomaré treses? Sí, ahora están bajos; si esto se consolida, subirán; pero ¿y si no se consolida? De todos modos, España ofrece garantías, es rica, el año se presenta bien, los acaparadores venderán barato, el pobre podrá vivir; comiendo bien, no se agitará tanto, se dejará gobernar, y en cuanto entre todo en caja, los

fondos suben. Compraré. Me inscribiré al empréstito, porque no digan y seguiré tomando letras. ¿Serán tan tontos los hombres de juicio que se dejen dominar por los revoltosos? No lo creo. Hay nubecillas en el horizonte, pero se disiparán; ¡vaya si se disiparán!

En esto llaman á la puerta de su gabinete.

— ¿Se puede pasar?

— Adelante.

— Ya sabrá usted.

— ¡Qué! ¿hay algo?

— Dicen que Olózaga se va á París á fomentar la candidatura del duque de Aostó.

— No lo creo.

— Y añaden que Serrano apoya á Montpensier, y que Sagasta quiere al padre del rey de Portugal, y los republicanos á Espartero.

— ¡Qué Babilonia!

— No se habla hoy mas que de eso. Vaya, abur.

EL BANQUERO SOLO. — Pues señor... esperemos á ver si se despeja el horizonte.

En casa de un caballero que vive de sus rentas.

— Hola don Blas... mi antiguo maestro de obras, ¿se trabaja mucho?

— Nada, y estoy desesperado.

— Pues cuando Vd. no tiene trabajo...

— Y si fuera yo sólo, pero y las cuadrillas, albañiles, carpinteros, todos están convertidos en peones, y gracias. Pero el dinero del ayuntamiento se acaba.

— Todo tiene fin en el mundo.

— Así es que venia... Usted tiene una casa muy vieja.

— Es cierto.

— Y en buen sitio.

— En el mejor de Madrid.

— Y no le falta á Vd. dinero.

— Gracias á Dios hay para ir tirando.

— Usted me habló no ha mucho de demoler la casa y edificar otra.

— Lo deseo vivamente.

— Pues esta es la ocasión: como los operarios no tienen trabajo, se contentarán con un jornal muy módico; y luego que es patriótico eso de promover obras...

— Tiene Vd. razón; pero he leído la *Regeneracion*, y ya sabe Vd. que yo creo en ese periódico y en el *Pen-samiento español*. Cuando ellos, que en mi concepto tienen juicio, piden la *República católica*, es que se han vuelto locos todos. Esto, amigo, no se arregla, y no tiene maldita la gracia que yo compre ladrillos y cal y maderos, para que me los quiten si hay jarana y se ca-lienten los que triunfen con los piés derechos convertidos en astillas. Vuélvase Vd. por hoy; cuando esté todo tranquilo, ya hablaremos.

Delante de una librería.

— ¡Qué libro tan bonito!

— Es una novela.

— Será interesante.

— Y moral, su autor es muy moral.

— ¿Vamos á comprarla?

— Sí, sí.

Pausa.

— No, mujer, no; cuesta doce reales, y no sabemos si nos faltarán mañana para comer.

En una sastrería.

— ¿Hola, amigo? ya le echaba yo á Vd. de menos. El año pasado, por este tiempo, estaba Vd. provisto de ropa.

— Es verdad, pero...

— ¿Qué hacemos... un gaban?

— No, señor.

— ¿Una levita?

— No.

— ¿Un chaleco?

— No, señor, no es posible. Vengo á decir á Vd. que envíe por la capa. Este año me arreglaré con ella. Le pone Vd. unas vueltas y salimos del paso.

— ¿Cómo? Un hombre tan rico se contenta con poner vueltas nuevas en una capa.

— ¡Rico, rico! No sabemos si mañana seré mas pobre que los que piden limosna. Toda mi fortuna la tengo en papel.

Podria continuar la galería de cuadros que he empezado á trazar; pero ¿para qué?

La verdad es que hay miedo, mas miedo que motivo de tenerle; la verdad es tambien que si los pesimistas se salieran con la suya, seria lo que ocurriese justo castigo de los que abriendo el corazón á la confianza, podrían fomentar el trabajo, el bienestar de las clases productoras, y no lo hacen por egoismo.

El miedo es contagioso; pero un valiente hace ciento desde luego.

El fantasma puede desaparecer en seguida: basta para extinguirle el verdadero patriotismo, la generosidad, la abnegación.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de noviembre de 1868.

Las elecciones

DEL PARLAMENTO REFORMADO EN INGLATERRA.

Salvo algunas escenas sangrientas y deplorables ocurridas en Blackburn, en el país de Gales y en Irlanda, las elecciones del Parlamento reformado han tenido lugar de un modo digno de un gran pueblo. Hasta puede

decirse que la corrupción y la violencia han sido menores que en las elecciones últimas, como si un pueblo inteligente y pacífico, lo fuera mucho más a medida que se va acercando a la igualdad ante la urna de todos los ciudadanos. Vamos a tratar de dar a los lectores del *Correo* una idea del espectáculo a que hemos asistido, y que ha pasado casi enteramente en los monumentos, y sobre todo en las plazas públicas, como en las antiguas épocas de Grecia y de Roma.

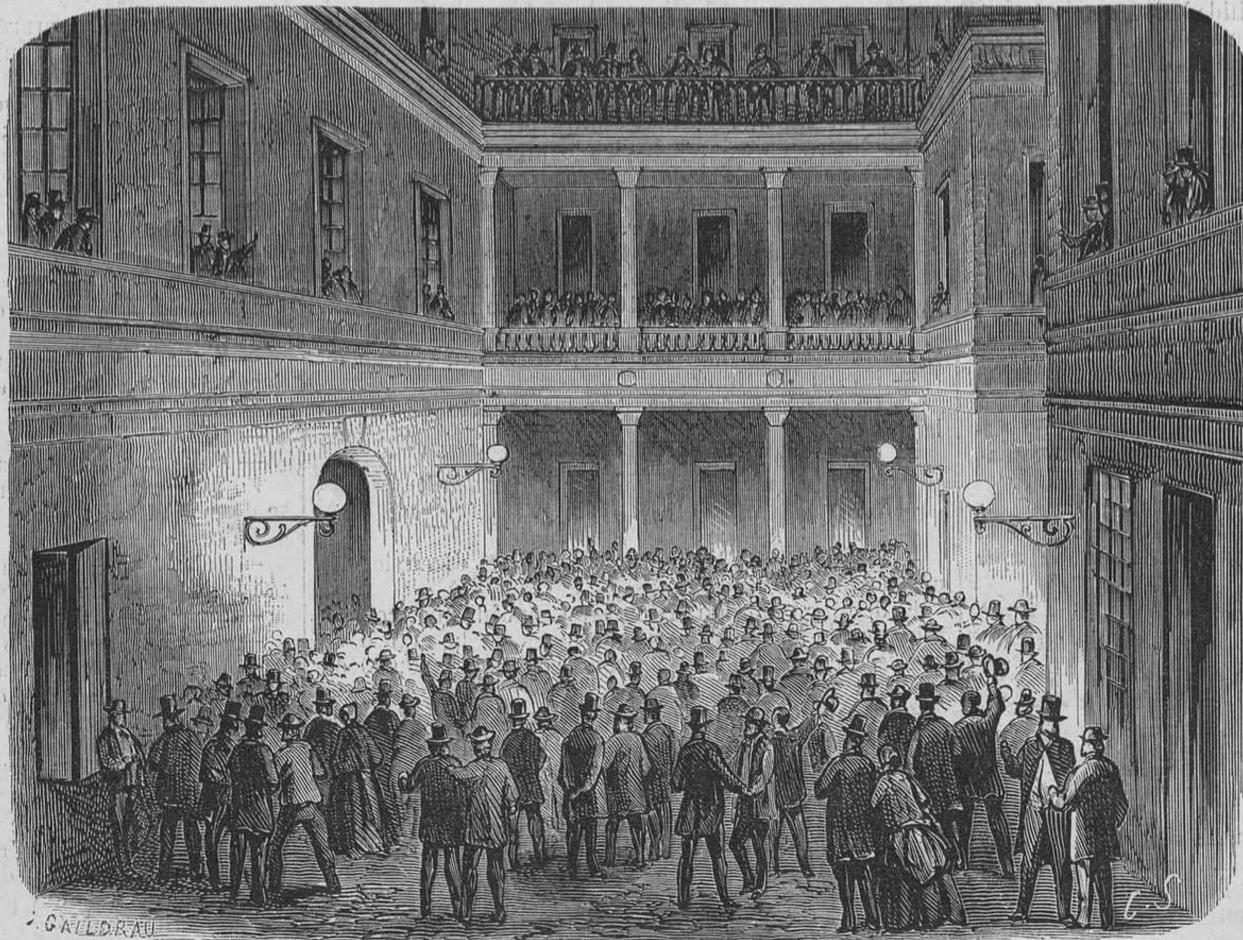
La convocación de un nuevo Parlamento sigue inmediatamente a la disolución del antiguo, pues en Inglaterra no puede haber interregno parlamentario. ¡El Parlamento ha muerto! ¡Viva el Parlamento! Se deja una latitud de un corto número de días a los oficiales encargados de convocar a los electores, y cada uno de ellos los reparte a su gusto. Por lo demás, estos plazos no corren sino desde el instante en que los *writs* se han entregado, en original, en mano propia; y así es que trascurren como dos semanas desde la primera presentación hasta la proclamación del resultado del último escrutinio. Pero como el derecho existe entero y sin límite, los electores no esperan la apertura del período electoral para ocuparse en sus negocios, y antes que los cancilleres hayan firmado los *writs* y enviándolos con arreglo a formas antiguas, los meetings electo-

rales de todas las ciudades, en todos los *bourgs* y hasta en las aldeas de los tres reinos.

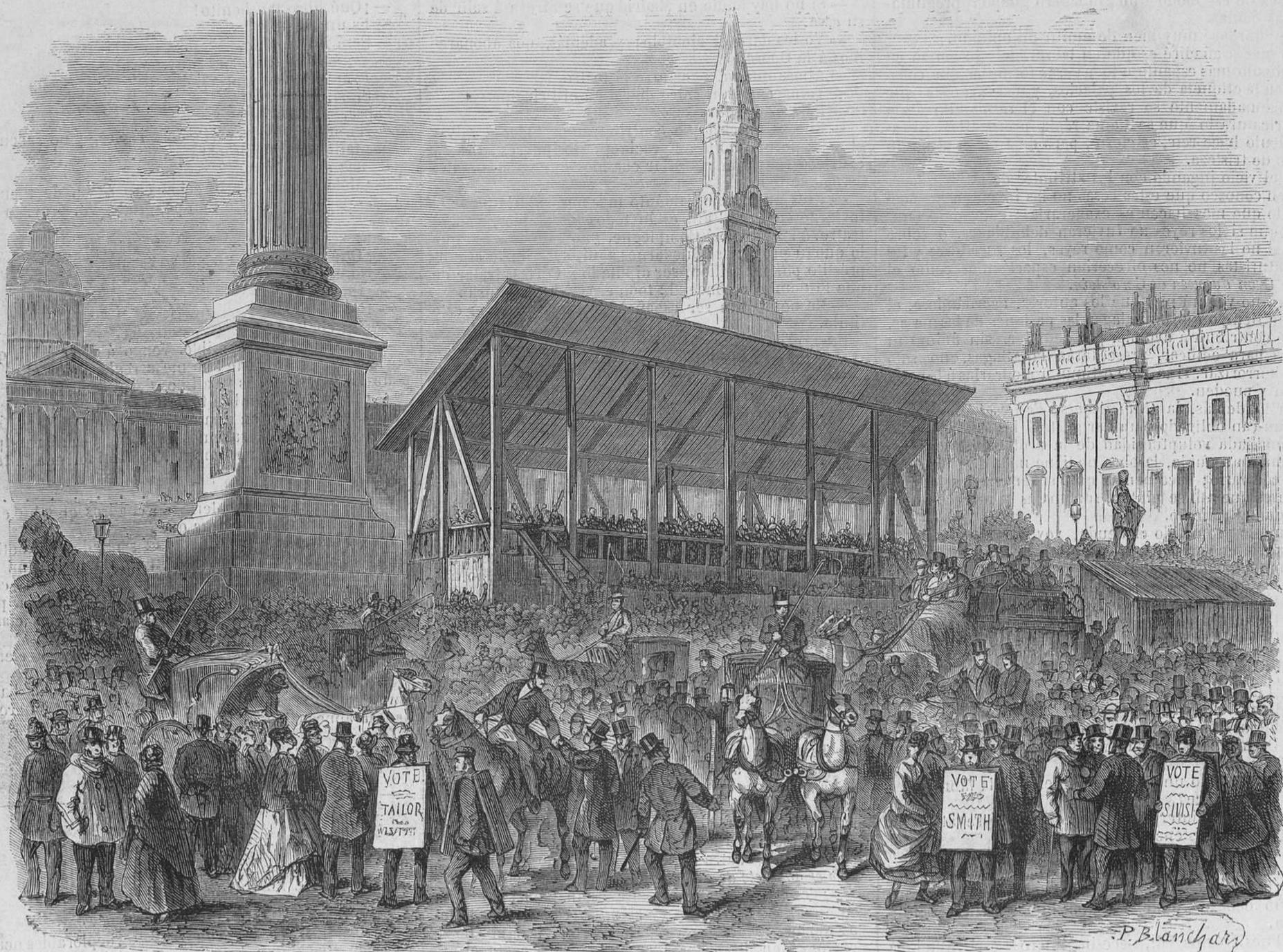
Los principales personajes políticos, como M. Gladstone y M. Bright, casi todos los días pronuncian discursos que los periódicos publican íntegros y que sus partidarios comentan de mil modos. Los primeros discursos de M. Gladstone pronunciados durante el período electoral han bastado para formar un tomo compacto

candidatura reaccionaria. M. Gibson se prometía quizá que sus adversarios no habrían tenido tiempo de reunir los fondos necesarios para completar la suma que debe pagarse por cada candidato antes de que se pueda votar en su favor. Esta formalidad financiera es el único juramento que se impone a los que solicitan la honra de tomar asiento en el Parlamento de Inglaterra.

Nuestro dibujo representa el momento en que M. La-



Las elecciones generales en Inglaterra. — Londres. — Reunion nocturna en el mercado de los Cueros de Bermansey.



Las elecciones generales en Inglaterra. — Los hustings de Trafalgar-square durante el escrutinio.

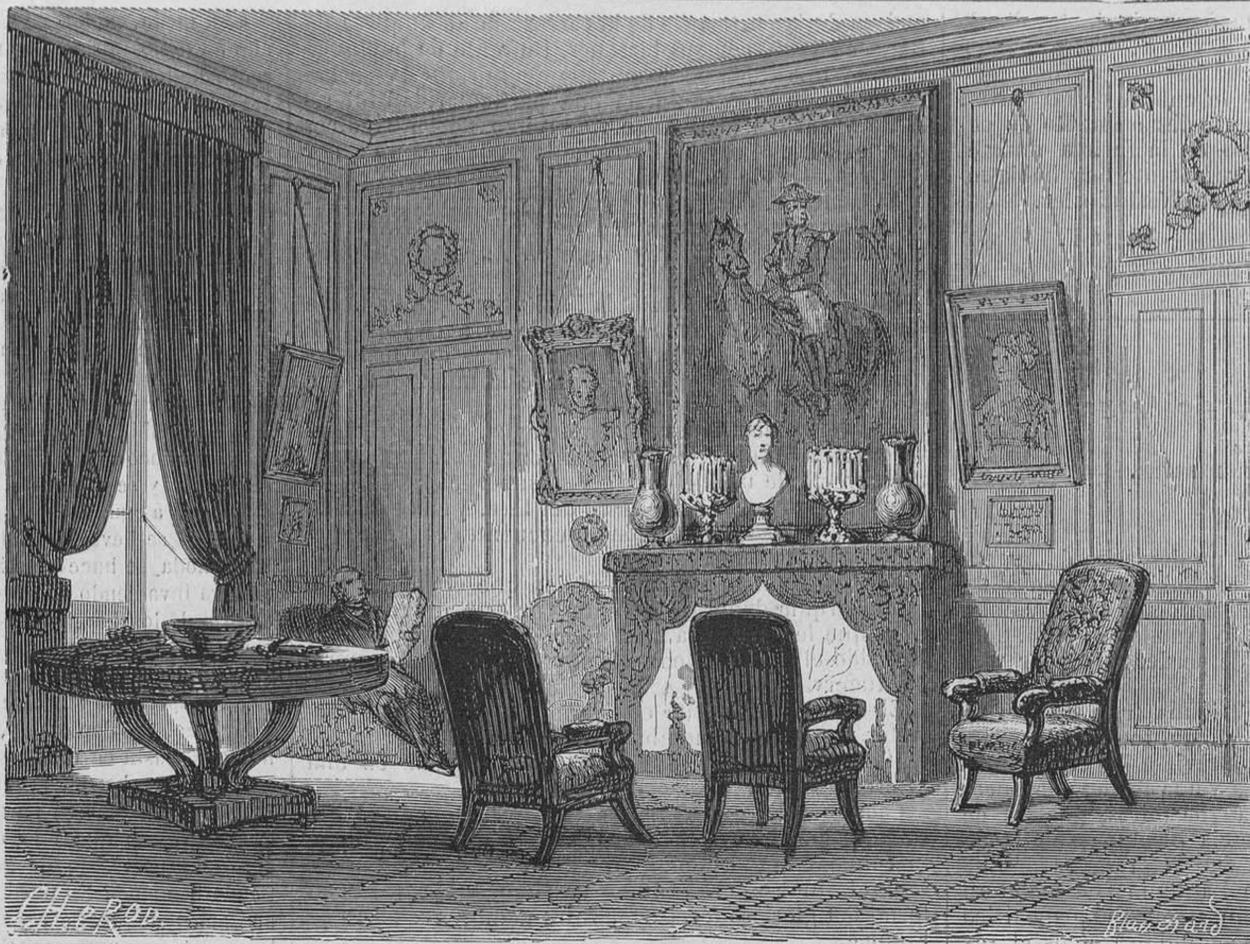
yard censura enérgicamente esta conducta, y su palabra elocuente excita la indignación de la muchedumbre apiñada á sus piés.

M. Layard se apoya con mano febril en el balcon del mercado. El orador está en medio del comité que se sigue constantemente siempre que se presenta á los electores. La robusta voz del explorador de las ruinas de Ninive se oye en el pasaje que está á la izquierda y en la callejuela de la derecha. Los cuatro mecheros de gas entre los cuales pasa esta escena conmovedora, proyectan sombras verdaderamente fantásticas, pues no hay luna y densos nubarrones ocultan la claridad de las estrellas. Relativamente hay poca gente en el patio, porque bloquea sus dos entradas una compacta muchedumbre; pero en las calles adyacentes hay innumerables grupos y se oye como un vago murmullo que acompaña la arenga de Layard.

Las elecciones de 1868 no han sido favorables á los hombres de talento. Una multitud de oradores distinguido han sido derrotados tanto en el partido liberal como en el conservador. El talento ha sido una mala nota, no menos que la energía de convicciones. Tampoco han sido aceptados los candidatos de la liga de Reforma y los candidatos obreros, sin duda para demostrar que la clase media inglesa quiere continuar dirigiendo ella sola sus nego-

cios y luchando contra la aristocracia conservadora. Uno de los mas ilustres naufragos de esta eleccion general es M. Stuart Mill, sabio filósofo positivista que disfruta de una reputacion universal. Antes de que comenzara el período electoral se sabia ya que estaba muy amenazado el asiento de M. Stuart Mill, y asi fué que el dia del voto popular se reunieron una porcion de amigos en torno del candi-

tomaban los votos del barrio. Esta modesta construccion se hallaba á la derecha de los hustings. Dos grupos inmensos hostiles uno á otro, estaban delante de la puerta de los dos comités rivales, situados á cincuenta pasos uno de otro en Cockpur-street, casi enfrente de los hustings. Cada vez que el telégrafo eléctrico traia un nombre, se oia un gran clamoreo de murmullos ó de aplausos.



El palacio de Augerville, residencia de M. Berryer. — La sala.



El palacio de Augerville. — Vista exterior, tomada por el lado del parque.

dato para conducirlo á los hustings. No siendo elector inglés el autor de este artículo, se confundió humildemente con la multitud y levantó las manos en favor de Stuart Mill, cuando el oficial público consultó á la asamblea popular. Los partidarios de Smith eran menos numerosos que los de Stuart Mill; pero estaban mejor organizados; hallábase cerca de los hustings y sus clamores cubrían frecuentemente la voz de los liberales, así como tambien la de sus padrinos. La manifestacion de levantar las manos se declaró favorable á Stuart Mill y á M. Smith; mas el capitán Grosvenor pidió el escrutinio y entonces quedó excluido Stuart Mill. Como sucede á menudo, los electores no confirmaron la votacion popular, y en la mañana siguiente, dia del poll ó escrutinio, Trafalgar-square presentó un espectáculo de agitacion suma. Una compacta muchedumbre estacionaba delante de la cabaña de Pollney Both donde se

La escena se repitió en la mañana siguiente, día de la proclamación del voto, y esta vez M. Smith pudo á duras penas articular algunas palabras, pues una muchedumbre hostil le rodeaba y le cubría de invectivas. Finalmente, se necesitó un fuerte destacamento de *polícemen* para arrancarle del seno de la furiosa muchedumbre, porque jamás un representante tory había tenido la honra de ser nombrado en Westminster.

W. DE F.

Una visita al palacio de Augerville,

RESIDENCIA DE M. BERRYER.

El domingo 29 de noviembre un despacho de Augerville anunciaba que M. Berryer había fallecido á las cuatro de la madrugada. Era el fin de su lenta y dolorosa agonía. Esta noticia produjo grande emoción, pues en efecto, la Francia acababa de perder su orador más eminente.

La vida del príncipe de la tribuna francesa ha sido desde el principio hasta el fin, digna, imponente y gloriosa. La figura de M. Berryer atraviesa las crisis históricas del país con una grandeza y una firmeza de líneas que imponen el respeto. Unidad de miras, nobleza de actitud y de fisonomía, elocuencia incomparable, todo se armoniza y concuerda para dar al gran orador una brillante aureola. Es un mármol antiguo, ha dicho un artista, y es verdad. No insistimos sobre el panegírico del orador y del hombre político. Publicaremos el retrato de M. Berryer, que naturalmente tiene su puesto marcado en nuestra colección de *Celebridades contemporáneas*, y á esta publicación acompañará un estudio completo que presentará bajo todas sus fases la carrera del hombre tan notable que hoy llora la Francia.

Contentémonos con referir aquí lisa y llanamente la visita que hemos hecho al palacio de Augerville sin otro objeto que el de tener á nuestros lectores al corriente de los incidentes dolorosos, y de las particularidades interesantes que han señalado los últimos momentos del gran orador.

M. Berryer quiso morir en su palacio de Augerville, cerca de los suyos; era el rincón de la Francia donde respiraba á su gusto, donde se consideraba en su casa, donde quería en fin, ocupar en la humilde capilla que él había construido, el puesto que se tenía designado de antemano.

Este postrer asilo preparado por M. Berryer, está contiguo á la modesta iglesia de Augerville. Nada más sencillo que ese mausoleo compuesto de seis troncos de árboles cubiertos de hiedra. Se ve que en el umbral de la eternidad el hombre ilustre quería acercarse en lo posible á la humildad cristiana. La bóveda sepulcral de la familia contiene ya los féretros del padre y de la esposa de M. Berryer. Sobre el frontispicio de esta rústica capilla se lee: *Especto donec veniat immutatio mea*. Cada vez que M. Berryer visitaba este panteón tenía costumbre de decir: Aquí quiero que me entierren, bajo esa piedra, en mi casa y junto á los míos.

La capilla y la iglesia dan frente al palacio donde descansaba el orador de las luchas de la política y del foro. El aspecto del edificio es monumental y de un bello carácter. Este palacio, ó castillo, fué edificado por Jacques Cœur, el célebre platero que después de haber prestado doscientos mil escudos á Carlos VII, tuvo que dejar la Francia y se fué á morir guerreando contra los turcos.

Las habitaciones que ocupaba M. Berryer se encuentran en el extremo oriental. En el dormitorio no entraban más que los parientes, los amigos íntimos del ilustre enfermo, los médicos y las religiosas que le cuidaban. En los últimos días de su enfermedad, sus amigos le vieron repetidas veces aletargarse á causa de su tremada debilidad; y después de uno de estos letargos, M. Berryer, sorprendido al despertarse, exclamó diciendo: «¿Con que no he muerto aun? Pues ¡viva el rey!»

En el cuarto mortuario está el cuadro del canciller del Hôpital, en cuyo marco M. Berryer escribió de su puño y letra: *Qui loquitur veritatem in corde suo non commovebitur in aeternum*.

Junto al dormitorio hay un gabinete que comunica con la torre del Este, donde existe un oratorio. Todas las obras de arte, todos los recuerdos históricos del palacio son dignos de la atención del visitante.

Atraviesa el palacio un vestíbulo angosto que conduce al jardín y al parque. En los bajos, á la izquierda están la sala principal, el billar y el gabinete de trabajo que M. Berryer había dispuesto con austeridad y sencillez. Muy severos eran los gustos del abogado que había tomado por lema: *Hacer, decir, callar*. — Otro lema suyo era este: *Forum et jus*.

En el billar están los retratos de familia, entre otros el de la madre de Berryer y el de su padre con la toga.

En la sala se han reunido preciosos recuerdos. Por una parte aparece una copia del retrato de Carlos X, de Horacio Vernet, del que quitaron al duque de Orleans. Mas allá se ve el estudio hecho por Gros y no terminado del retrato de Carlos X. — En la otra parte está el retrato de la duquesa de Angulema, por Gros, en busto, y sobre el retrato el testamento de la duquesa. Debajo del retrato de Carlos X, M. Berryer había colocado un

pedazo de la portezuela de la carroza de la duquesa de Berry en 1830, con sus blasones. Enfrente de la chimenea hay una copia de la entrada de Enrique IV en París, copia en que se señala una particularidad interesante y curiosa para Augerville: uno de los síndicos que presenta al rey las llaves de la ciudad, es un señor de Orgeval y de Augerville.

El comedor, decorado de encina y de un estilo grandioso, contiene un magnífico retrato de Luis XIV con esta inscripción: «El rey come en Augerville el 3 de noviembre de 1680.»

En el piso principal está la habitación que se llama *Cuarto del Príncipe*, en recuerdo de la noche que allí pasó el príncipe de Condé. Vemos pues que todo Augerville está lleno de recuerdos de la monarquía que el orador ha defendido siempre.

Todo el palacio está rodeado de agua, y el parque es verdaderamente regio. El río Essonne le atraviesa en un trayecto de un kilómetro, y su superficie total es de quinientos *arpents*. Por el lado del Este, y en el camino de Fontainebleau, es donde se encuentra el paseo que prefería M. Berryer.

Fácil es de comprender la afición que el defensor de la monarquía demostró siempre por esta antigua posesión, que le recordaba de mil modos las tradiciones que han sido el culto de toda vida, y por qué quiso morir en Augerville.

El día siguiente fué embalsamado el cuerpo, y los restos mortales del hombre ilustre, querido y estimado de todos, han estado expuestos toda la semana en una capilla ardiente.

Cada uno de los días de esa semana ha sido una triste romería que ha conducido al palacio de Augerville á una muchedumbre dolorosamente conmovida, y en el funeral, que se hará el lunes próximo, se agruparán en torno del glorioso féretro todos los nombres célebres de Francia.

Y esto consiste en que el elocuente orador de la legitimidad, no obstante su adhesión á los principios de la restauración, supo ser siempre y en todas partes el defensor de la libertad y del derecho. En 1815 protestó contra las violencias de los ultra-realistas:

— Es una vergüenza, decía, que los vencedores recojan los heridos en el campo de batalla para que los lleven luego al patíbulo.

Así es que su palabra se encuentra en la historia de todos los partidos, y siempre con la misma firmeza, el mismo liberalismo, el mismo amor á la verdad y al derecho.

¿No era su lema: *Forum et jus*?

El foro, el Instituto, el Cuerpo legislativo, la prensa, el partido legitimista, las corporaciones obreras á quienes ha defendido siempre, las diputaciones de Marsella y otras ciudades, darán el lunes próximo un imponente carácter al entierro. Será un día de luto y la Francia llorará sinceramente al que Royer-Collard, llamaba á justo título: «Una potencia.»

R. DE M.

Revista de Paris.

El primer anuncio de que estamos á fines de año es la lluvia de almanaques que cae sobre Paris, lluvia variada y vistosa, pues los hay de todas formas, de todos colores, y principalmente destinados á tratar de toda clase de asuntos. No se crea que es exageración: salen á centenares y si hubiéramos de citar sus títulos, á buen seguro que no halláramos espacio suficiente en esta revista. Cada cual tiene, como acabamos de indicar, su objeto especial, y por lo tanto está dedicado á una clase de lectores: este habla con los bolsistas, aquel con los literatos, el otro es para la nobleza, el que le sigue está consagrado á materias económicas, etc., etc. Los hay que solo se proponen divertir al público, para lo cual llenan sus páginas de caricaturas, en tanto que otros tienden á instruirle y son como unos tratados en los que se resumen distintos conocimientos literarios, artísticos y científicos. Por último, se ven algunos consagrados á la crítica, y en estos se habla contra las costumbres de lujo y de boato introducidas en nuestra sociedad, contra las extravagancias y los excesos de la moda que turban la paz en el hogar doméstico y arruinan á muchas familias.

Este asunto merece á la verdad ser tratado con detenimiento. El escritor que ha tomado á su cargo los extravíos y exageraciones de la moda, clama contra esos contrastes en cuya virtud lo que ayer hacia furor es hoy una cosa ridícula, y por lo tanto no hay señora que no se vea en la precisión de adoptar las costosas novedades que improvisan las modistas parisienses.

Por supuesto que el autor de la filípica se extasia con la sencillez que veinte años atrás ostentaban las mujeres. entonces, dice, había variedad en las clases, en tanto que en el día un inflexible nivel ha hecho que todas se vistan lo mismo, de lo cual resulta que las señoras de la clase media, aun las menos acomodadas, en su obligación de recordar á las duquesas, barren las calles con esas faldas de cola que solo se comprenden sobre las alfombras de un palacio.

Precisemos los estragos que, según este autor, están haciendo las modas del día.

«La moda, exclama poseído de indignación, no hace caso alguno de los principios religiosos y patrióticos, ni de los sentimientos nobles y delicados.»

Se ha visto á las mujeres jugar á porfia con los lúgubres recuerdos de la guillotina, haciéndose cortar el cabello á la víctima, y más recientemente se adornaron con la camisa encarnada.

Las célebres queridas de reyes célebres han dado á diversas prendas y adornos nombres admitidos y pronunciados por todas las señoras.

Los sentimientos de familia no hallan piedad ante la tiranía de la moda. En vez de llevar durante un año luto riguroso por un padre ó una madre, el mundo elegante reduce este período á tres meses, después de los cuales las tiendas de lujo surten de graciosos trajes de capricho, en los que se combinan con las blondas negras los colores agradables y poco subidos, como el de perla, el de malva ó el de violeta y se vuelven á tomar los hábitos pasados, y se oye decir á guisa de consuelo estas horribles palabras: «Cuando se lleva medio luto es permitido ir al teatro.»

La moda se hace también devota algunas veces, y se la ve, ora invadiendo con los inmensos pliegues de sus faldas el sitio de los humildes fieles y ofreciendo un deslumbrante contraste con los pobres ornatos de una iglesia de aldea, ora entrando audazmente en el lugar sagrado con provocativo *negligé*, lo cual no se toleraría ni aun en una visita de franqueza. Su deplorable, su constante afán es atraer las miradas, hasta en el santuario.

La moda sabe que la mujer es naturalmente buena y generosa, y se esfuerza en quitarle los medios de hacer bien. Cuando vemos que una dama opulenta vuelve la cabeza ante el espectáculo de la miseria y contesta á quien le tiende la mano: No puedo dar limosna á todo el mundo, la acusamos de avaricia y nos equivocamos. No miente; el lujo agota sus recursos. Cuando el lujo entra en una casa arroja de ella á la caridad. Con el valor de uno de esos trajes que se llevan tres veces, se arrancaría de la miseria á toda una familia, y por lo tanto es preciso que se endurezca el corazón para llevarlo sin remordimiento.

¡Si al menos, ya que no hacen limosnas, pagaran religiosamente sus deudas esas damas elegantes! Pero no es así; los pobres tenderos nos podrían revelar muchos secretos si se atrevieran á hablar y si no temieran las peligrosas consecuencias de las iras de la vanidad.

Pero va aun más allá la moda, pues su supremo triunfo es erigir la falta de decoro en necesidad social y acostumbrar progresivamente á las mujeres del gran mundo á presentarse en los salones con una desnudez de que se avergonzarían dentro de sus habitaciones. Llegan á persuadirse de que no han traspasado los límites del decoro porque ven exageraciones mayores que las suyas. La virtud queda salvada con algunos centímetros de tela, y la moda se digna hacer algunas pequeñas concesiones á la virtud. Si se traspasa algo el límite, la culpa es de la modista y no hay tiempo ya para remediarlo. Hé aquí con qué tristes paliativos regatean muchas mujeres honradas su adhesión, y lo que es peor, la adhesión de sus hijas, á las culpables extravagancias del día.»

Hasta aquí el tremebundo autor que tan terrible se muestra contra las modas, sin hacerse la reflexión de que en todos tiempos ha sucedido poco más ó menos lo que sucede ahora. ¿Cuándo no ha habido personas deseosas de gastar y de lucir sus galas? ¿Cuándo no ha habido ostentación en el mundo? ¿Las modas actuales hacen que la caridad sea menos activa? Muy al contrario: el lujo es á menudo ocasión para hacer obras filantrópicas, sin contar lo que este mismo lujo, desarrollado también en proporción al aumento que ha tenido en nuestra época la fortuna pública, proporciona á las clases trabajadoras que viven de la industria. Si un año se suprimieran las fiestas que se dan en Paris, esos bailes continuos durante tres meses del invierno, no se oirían más que lamentaciones de los muchos miles de personas que se alimentan con ellas.

Una anécdota vemos entre los sucesos que relata la crónica parisiense, que viene aquí como de molde para refutar la idea de que el lujo y el boato no están reñidos con los sentimientos generosos en las clases favorecidas con el don de la fortuna.

Una señora cuyo esposo figura entre las principales celebridades financieras de Paris, había ido días pasados á casa de su modista para probarse un vestido, y terminada la visita, felicitó á su modista por la habilidad y complacencia de la oficial encargada de la prueba.

— Es muchacha que me gusta, dijo la señora, y deseo siempre encontrarla en esta casa.

— Yo también estoy contenta con ella, respondió la modista, y quisiera poderla ofrecer una remuneración más crecida, pero mis gastos son tan considerables, que debo atenerme á lo estricto necesario, á riesgo de parecer mezquina. Además, Luisa, que así se llama esa joven, tiene una salud muy delicada, y no puede trabajar más que medios días, lo que naturalmente reduce su salario.

— ¿Y cómo puede vivir esa infeliz?

— Creo que trabaja algo en su casa por su propia cuenta.

Algunas horas habían transcurrido después de este diálogo, cuando la señora en cuestión, al apearse del coche de vuelta de la Opera, distinguió á la luz de un candelabro de gas que alumbraba la entrada de su casa, una trapería joven, que con un cesto de mimbre al hombro, un farolillo en la mano izquierda y un gancho en la derecha, estaba recogiendo trapos y papeles en la calle.

El traje de esta muchacha era pobre, muy pobre, pero

sin embargo, muy aseado: llevaba en la cabeza una capucha de punto negro; su vestido era de indiana; al cuello tenía un pañuelo tosco, y su calzado era igualmente de lo mas ordinario que puede verse.

Adivinábase desde luego en esta jóven una vida de privaciones y de esfuerzos, así como un carácter honrado, perseverante y laborioso.

A la primera ojeada, la señora que volvía de la Opera reconoció en esta traperera a la jóven que aquella misma mañana había visto en casa de su modista.

Con efecto, preguntada sobre este punto, respondió afirmativamente.

— Seguidme, la dijo la señora, tengo que hablaros.

Y diciendo esto, la arrastró hacia la puerta delante de sus lacayos, atónitos al ver que entraba su señora con una traperera.

Una vez instalada la jóven en el saloncito y en uno de los sillones de aquella opulenta morada, Luisa se decidió a dar las explicaciones que la pedían sobre su doble existencia y sus dos trajes.

Tranquilizada por el tono afectuoso no menos que con las palabras benévolas de aquella señora, hizo la curiosa relación siguiente:

— Soy la mayor de los cinco hijos de casa; tres años hace que nuestro padre ha muerto, y a causa de achaques prematuros, nuestra madre no puede ni trabajar, ni siquiera moverse. Ahora bien, para atender a sus necesidades y para dar oficio a mis hermanos y hermanas a quienes pago el aprendizaje, soy oficiala de modista de día y traperera por la noche. Aunque os parezca increíble, os diré que el último de los dos oficios es el mas lucrativo, y así sucede que a las cuatro de la tarde me apresuro a dejar el obrador y vuelvo a mi casa para ponerme esta vestidura y salir a mis excursiones nocturnas por las calles de París. Gracias al orden que tengo en mis gastos, ya he podido hacer algunos ahorros, despues de atender como llevo dicho a mi familia, y así es que antes de año y medio ó dos años, pienso poder renunciar definitivamente a estas excursiones. Hasta entonces os suplico me hagais el favor de guardarme el secreto sobre mi confidencia.

El desenlace de tan singular historia le habrán adivinado ya nuestros lectores. La prueba que la animosa jóven se había impuesto para sostener a su familia, se concluyó aquella misma noche, gracias a la proteccion que desde entonces dispensó a Luisa aquella elegante y filantrópica señora.

Y ya que estamos de anécdotas, aprovecharemos la oportunidad para referir otra no menos interesante que traen con largos detalles los diarios de la semana.

Un comerciante retirado de los negocios y llamado M. Leoncio Abadie, la declaracion de su nombre y apellido demuestra la autenticidad del caso, habita una propiedad campestre de las inmediaciones de Bagnolet, donde pasa el tiempo cultivando su jardín en compañía de una hermana de menos edad que él, y de un criado que le sirve hace treinta y siete años.

Este señor, casi octogenario, sale muy rara vez de su casa y no recibe a nadie.

Ahora bien, hace pocos dias un forastero llama a la puerta, y dice que quería ver a M. Abadie inmediatamente: tambien este era un anciano.

— Pase Vd. adelante, le dice el criado despues de haber tomado órdenes de M. Abadie.

— Vengo a incomodar a Vd. y le pido mil perdones, dice el forastero al octogenario; pero ¡hace tanto tiempo que busco a usted!

— ¡A mí! ¿y con qué motivo?

— Va Vd. a saberlo. ¿Habita Vd. en Sarreguemines el año 1815?

— Sí, señor; continúe usted.

— No sé si recordará Vd. un caso que tengo yo muy presente. Una mañana del mes de marzo de 1815, un soldado prusiano enfermo, tiritando de fiebre, salía del hospital con un boletín de alojamiento en la mano... Era un prisionero de guerra... Cruzando la plaza, se acerca a un caballero, y le pregunta si podría encontrar los cuidados que le eran indispensables en la familia que indicaba su boletín de alojamiento... Aquel caballero leyó el papel, entró en la alcaldía, hizo cambiar el boletín y se llevó al soldado a su casa... ¿Recuerda Vd. todo esto?

El anciano miraba al desconocido con el mayor asombro; pero el pasado que este evocaba era tan remoto, que apenas tenía un vago recuerdo de aquello que estaba oyendo.

El forastero continuó:

— ¡Recuerda Vd. que su pobre madre cogió las calenturas del soldado, y que algunos dias despues...

Estas palabras fueron la chispa que hizo brotar la luz en la mente del anciano.

M. Abadie se levantó precipitadamente, y con una voz trémula de emoción exclamó diciendo:

— ¡Cómo!... ¡Es Vd. quien en el año 1815!... ¡Oh! No puede ser.

— Sí, soy el mismo, y Vd. es mi bienhechor, a quien no he olvidado nunca.

Y hablando así, el extranjero lloraba como un niño y se arrojaba en los brazos del octogenario.

— Sí, repetía, yo soy aquel soldado que debió a Vd. la vida en tan terrible trance, y que no ha querido morir sin dar un abrazo al hombre que hace mas de medio siglo me recibió con tanta cordialidad y me trató tan bien en su casa.

Los dos ancianos hablaron largamente de aquellos tiempos calamitosos, y el veterano, al despedirse de su amigo, le dejó como recuerdo una copa de plata sobredorada con esta inscripcion:

«Vine como enemigo y me trataste como amigo. Siempre vivirás en mi corazón.»

Pasemos ahora a los teatros.

A falta de novedades literarias importantes tenemos dramas de grande espectáculo. A este género pertenece el que se titula la *Madona de las rosas*, en cinco actos y nueve cuadros, escrito por M. Victor Sejour y estrenado en la Gaité, a principios de la semana.

Figura en esta inmensa obra, que dura la friolera de siete horas y media, un criminal de marca mayor llamado César de Este, que en su juventud obligó a su esposa a firmar un acto de divorcio, y que al cabo de veinte años de separacion la cree muerta así como a su hijo.

Empero no es así: la desdichada esposa se oculta en una aldea con el nombre de la Capuana, y su hijo Andrés es un capitán que a la muerte de Francisco II rompe su espada por no servir a César, proclamado duque de Módena.

Andrés vuelve a su aldea, donde debe casarse con la jóven Lidia, llamada la Madona de las rosas; mas el tirano se enamora de ella; y como Andrés quiere vengarse y el duque le declara que no se batirá sino con un noble, arranca a su madre el secreto de su nacimiento al lamentarse con ella de ser un bastardo.

La situación es interesante, pues Andrés puede elegir entre la humilde posición de aldeano y esposo de Lidia ó la alta categoría que corresponde al hijo del duque de Módena.

En esto Salviati, padre de Lidia, intenta asesinar a César y este le condena al último suplicio, a menos que no consienta en la deshonra de Lidia.

La jóven sacrifica su hermosura, y sin un elixir que la devuelve sus hechizos, es probable que ni el mismo Andrés se habría atrevido a unirse con una mujer de aspecto tan repugnante.

El fin de todo esto es que César muere en medio de un incendio, que es una de las mas bellas decoraciones que se han visto hasta hoy en el teatro.

El drama es largo, larguísimo, y a pesar de las escenas interesantes que contiene, necesitará aligerarse mucho de detalles inútiles para hacerse soportable.

En cuanto a los teatros líricos nada tenemos que decir esta semana. La Patti ha interrumpido en los Italianos sus funciones de despedida por una indisposición que se prolonga de tal manera que quizás la impida volver a cantar por ahora, pues según nuestras noticias, dentro de pocos dias debe ponerse en camino para San Petersburgo. Entre tanto ya ha llegado la Hauck, que tanto aplauso ha obtenido en Londres, y se espera próximamente a Tamberlick, con cuyo doble refuerzo cobrarán nueva vida las funciones de ópera italiana.

MARIANO URRABIETA.

Cantares.

De luto está mi alma
Porque he sabido,
Que no son mis amores
Correspondidos.
Luz de mi vida,
Haz que en gozo se torne
La pena mia.

El rio sigue su curso
Hasta morir en la mar,
Y yo, queriéndote sigo,
Aunque la muerte me das.

Si tú, amándome, quisieras
Vencer la penita mia,
¡Ay, hermosa de mi alma,
Cuál te lo agradecería!

Yo te di mi corazón
En cambio de tu querer,
Y no, ingrata, fementida,
Para que juegues con él.

¡Me engañas! Yo, sin embargo,
Te quiero cada vez mas;
Ante un amor como el mio,
¡Qué puede la voluntad!

No aquel beso te dé enojos,
Porque al besarte, ¡ay de mí!
No fué un beso, sino el alma,
Lo que yo, niña, te di.

Recuerdos y tradiciones de Cataluña.

EL SALTO DE LA REINA MORA.

Hé aquí una peregrina tradición que el vulgo supone acaecida por los años de 1089, cuando el conde de Barcelona Ramon Berenguer IV se apoderó de la ciudad de Tarragona, quitándosela a los moros.

Luego de entrada la ciudad, las armas de Berenguer Ramon dominaron todo el campo. Los infieles fueron perdiendo sus castillos y sus fortalezas, y la vencedora espada del cristiano conde arrolló a los sarracenos hasta el punto de hacerles refugiar en lo mas áspero y montañoso de Prades, al abrigo de Ciurana y de Tortosa.

Ahora bien, una mujer, que la tradición dice ser reina mora por ser acaso una de las esposas del wali de Tarragona, huyendo la cólera de los cristianos se había refugiado en el castillo de Ciurana.

Este castillo estaba, como están hoy sus ruinas, en lo alto de una montaña que, asombro de la naturaleza, se levanta perpendicular abriendo por su inmensa altura un espantoso abismo, hacia el cual se inclina un poco como un gigante atraído por el vértigo. Desde el pico de la montaña el precipicio es horroroso, tan horroroso que nadie se atreve a asomar siquiera la cabeza por encima de la Peña. La naturaleza al formar aquel abismo estuvo espantosa en su obra.

No lejos de este precipicio existen aun, guarida hoy de agoreros pájaros y de nocturnas aves, las ruinas de un castillejo árabe con su compuerta y torre de homenaje. En el dia está desierta la antigua fortaleza: no quedan allí mas que un pasado de ocho siglos, unas cuantas paredes viejas y algunas miserables tumbas.

Este fué el castillo en que se refugió, siguiendo siempre la tradición, la reina mora con su hijo de corta edad, preciosa joya que guardaba y velaba con todo el inextinguible amor del cariño maternal. Con la reina llegaron tambien algunos servidores, de aquellos que leales y adictos se encuentran casi siempre junto a los tronos, pero que los tronos casi siempre tambien no conocen sino en el momento del peligro ó en la hora de la desgracia.

Fuó en vano que allí se refugiara aquel puñado de valientes. Los guerreros al mando del señor de Canagó, noble y esforzado varon de la comarca, llegaron hasta allí, atravesando, verdaderos atletas de la patria, por entre el sinnúmero de peligros y obstáculos que se les opusieron en su camino. Los pocos árabes que guardaban el castillo salieron a su encuentro decididos a morir en defensa de su reina, que era la obligación que se habían impuesto.

Los moros hicieron todo lo que podían hacer para llenar su deber: morir como valientes y como buenos. Ni uno quedó para llevar la nueva de la derrota a la pobre reina que en el patio del castillo junto a un ensillado caballo, y teniendo en brazos a su hijo, esperaba con la impaciencia de la fiebre y con la agonía del sobresalto el regreso de sus defensores.

En lugar de ellos vió aparecer de pronto en la puerta un grupo de cristianos, y oyó cómo rasgaban el aire los clamores de triunfo y los gritos de: ¡Victoria por Ramon de Canagó! La reina se puso pálida como un mármol, pero tomando una resolución desesperada, montó a caballo sin abandonar a su hijo, y lanzando al noble bruto hacia la puerta se arrojó por en medio del grupo de enemigos, gritando:

— ¡Paso, perros cristianos! ¡paso! ¡abridme paso!

Los catalanes atónitos ante aquella mujer de singular belleza, abrieron paso maquinalmente, y la reina entonces salió a escape de su caballo, inteligente animal que comprendiendo el peligro en que se hallaba su ama, no necesitó de ningun acicate para acelerar su carrera. Ramon de Canagó vió pasar por delante de sus ojos aquella especie de blanca y aérea vision, y lanzó en pos suyo su negro caballo.

La reina llegó junto al horrendo precipicio de que se ha hablado, y se detuvo:

— ¡Atrás, atrás, caballero! gritó entonces al cristiano. Respetad a la reina y a su hijo. Respetadlos ó por Alá os digo que buscaré mi salvación en el fondo de este abismo.

Pero Ramon de Canagó no la oía ó no quiso oirla.

Entonces la reina, que estaba al borde del precipicio donde su caballo se mantenía inmóvil, arrojó una mirada de supremo desden a su perseguidor, apretó a su tierno hijo contra su pecho, se envolvió en su manto y en su dignidad de mujer y reina, y gritando:

— ¡Maldígate Alá, cristiano! empujó hacia adelante su caballo.

El generoso bruto no vaciló. Retrocedió solo dos pulgadas asegurándose sobre la Peña en la que imprimió con fuerza su herradura, y se lanzó con su doble carga al inmenso precipicio.

La tradición, inocente y cándida como todas las tradiciones, esas castas y púdicas hijas del entusiasmo popular, la tradición asegura que cuando Ramon de Canagó llegó al borde del abismo, en lugar de ver a la reina hecha pedazos en el fondo, la vió por el contrario en el valle sana y salva con su hijo en los brazos y corriendo a todo escape montada en su corcel. Admirado el buen caballero, retrocedió atónito y haciendo la señal de la cruz; pero aun fué mayor su asombro cuando bajando al suelo los ojos, vió marcada en la dura Peña la señal de la herradura del caballo. Allí se había im-

su relacion que creemos interesará á nuestros lectores:

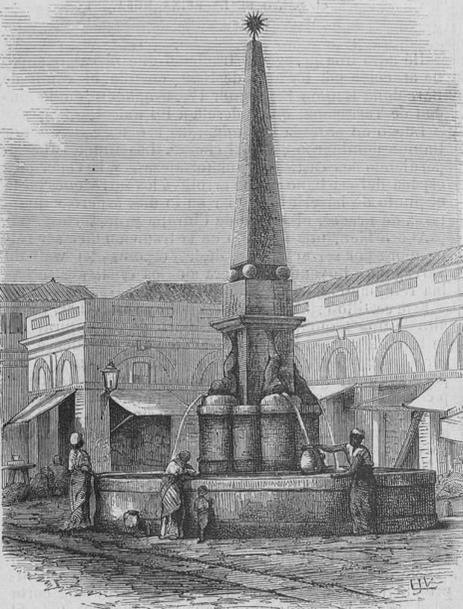
« ¡Qué espectáculo tan maravilloso! ¡Qué cuadro tan soberbio! exclamé yo al penetrar en la bahía de Río. Mis entusiastas exclamaciones no tenían fin. Contemplaba con éxtasis el maravilloso panorama que tenia á la vista, y se entusiasmaban igualmente hasta los mas frios de nuestros compañeros. Dos ingleses, con la facha tradicional y armados con enormes anteojos observaban tambien las riberas americanas y se dignaban darse por satisfechos. Un brasileño que no habia visto su país

que ibamos muy de prisa. Dias enteros habria querido yo estar contemplando tan magnífico panorama.

Uno de mis compañeros me saca de mi éxtasis para decirme señalándome con el dedo los islotes ante los cuales pasábamos.

— Hé ahí el célebre monte llamado Pilon de Azúcar, la isla de Lagage, la de Villegagnon; luego la isla das Cobras, y la isla del Gobernador.

Pero ¿qué me importaban los nombres? Este último sobre todo me recuerda la realidad administrativa y quita la poesía á la naturaleza; pues presenta sú-



Fuente del mercado de la Praia.

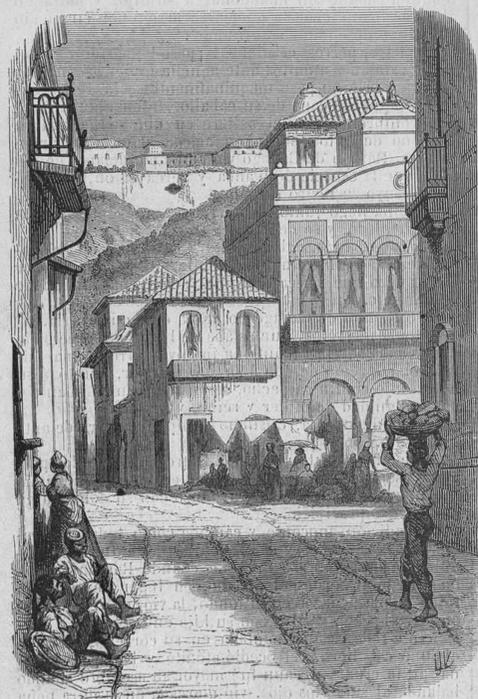
preso la huella de su pié como hubiera podido en blanca cera.

Aun existe esta señal, que ni los hombres ni las tempestades, ni los siglos han podido borrar, y aun se llama aquel sitio *el Salto de la reina mora*, nombre que entonces se le dió y que desde entonces la popular tradicion le ha conservado.

VICTOR BALAGUER.

Río-Janeiro.

Un amigo nuestro, intrépido viajero, nos escribe desde Río-Janeiro algunas semanas despues de su llegada, y su correspondencia es la de un hombre acostumbrado á juzgar con rapidez y con acierto. Cuenta las cosas como las ve, sin parcialidad de ninguna especie. Hé aqui



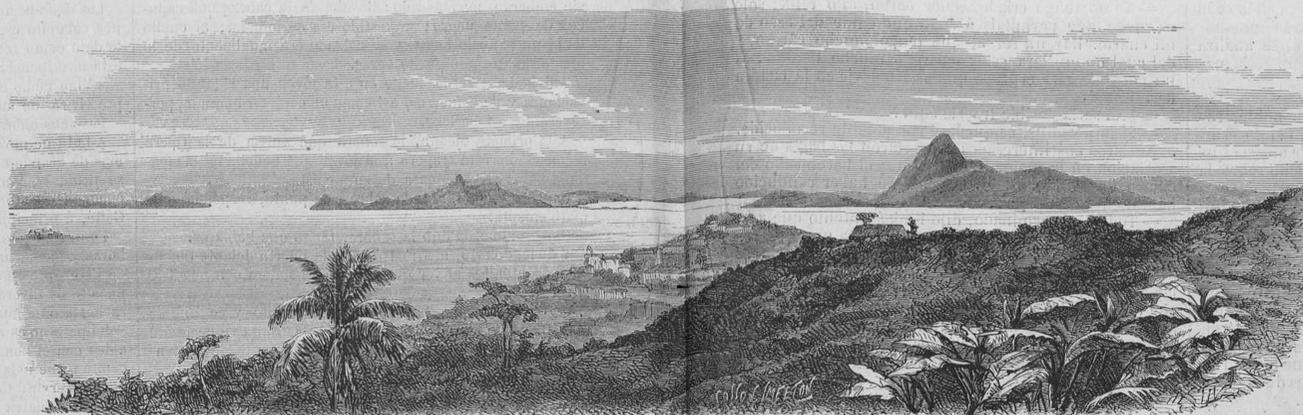
Una calle de Río-Janeiro.

desde la gran Exposicion de 1867 fumaba cigarrillos con avidez y levantando orgullosamente la cabeza, parecia decir:

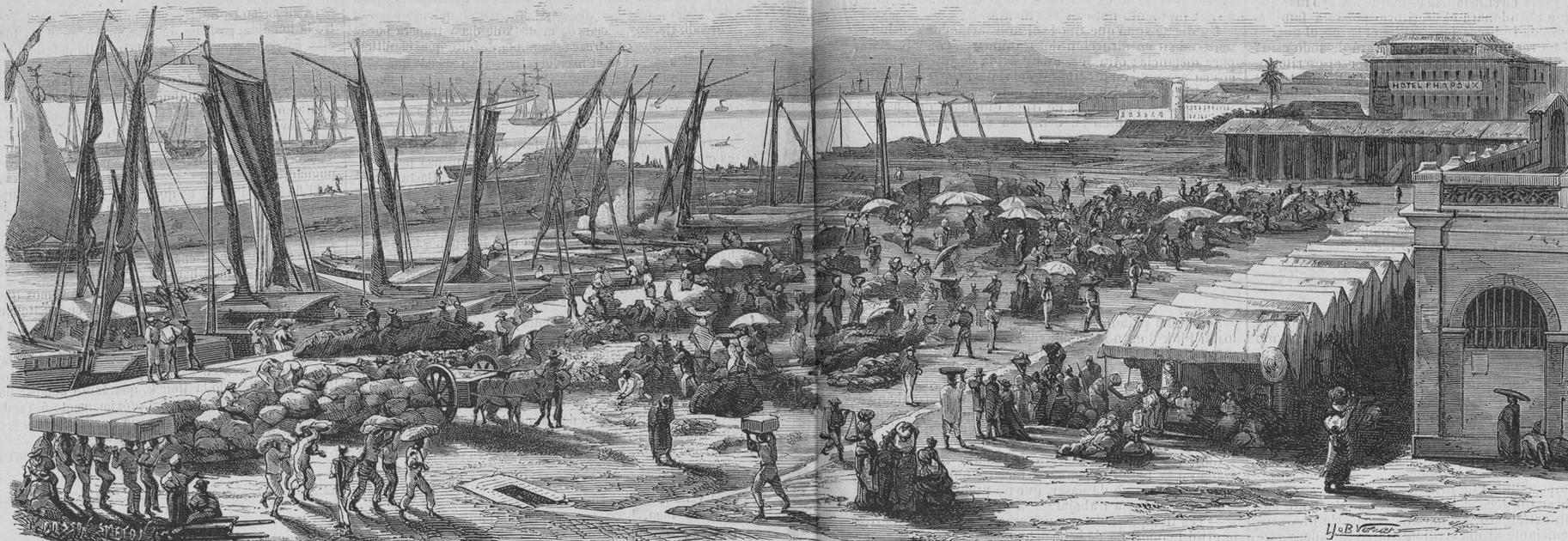
« ¡Quién no ha de vanagloriarse en pertenecer á semejante imperio? »

Cada cual juzga á su manera: yo me inclino humildemente ante la naturaleza y rara vez me vanaglorio de mi patria.

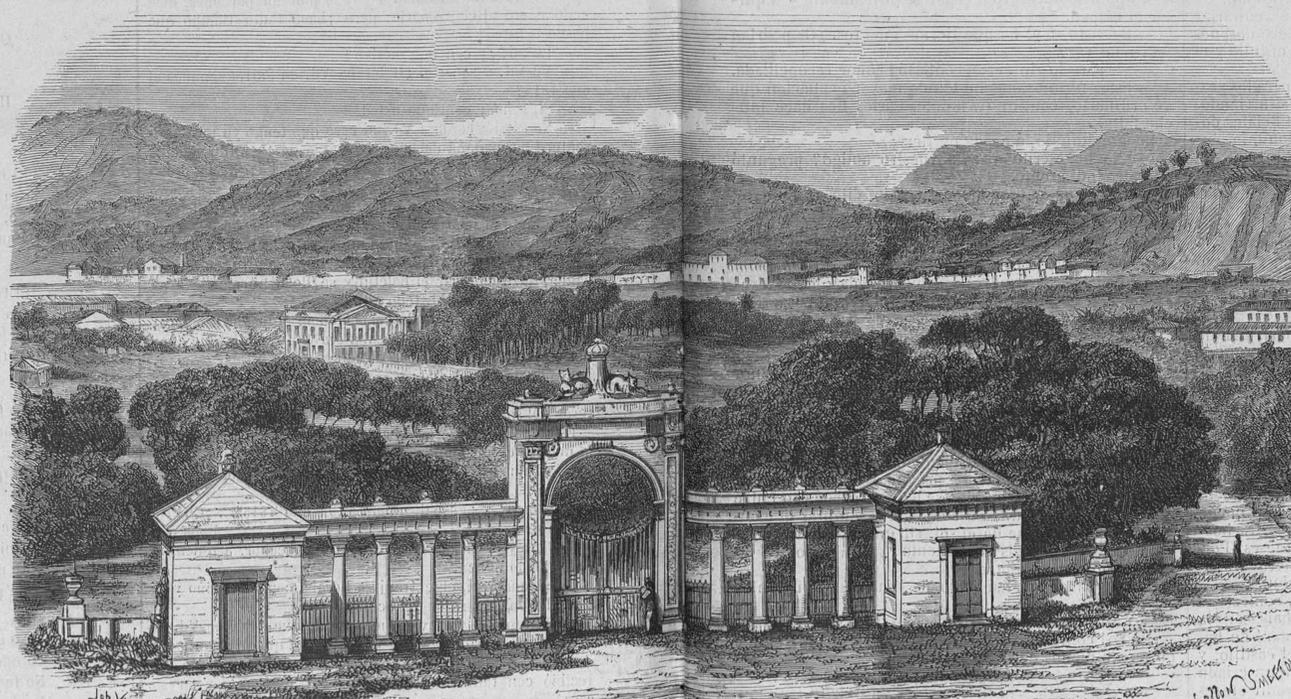
En presencia de tan admirables paisajes olvidaba yo Nápoles, Venecia, Constantinopla y los preciosos lagos del Norte de Italia, pues nada hasta entonces habia visto que me asombrara tanto. Las olas bañadas por el sol tenian admirables reflejos. El perfil de una multitud de verdes islotes se dibujaba en líneas indecisas sobre el cielo y el mar. Su sombra se alargaba sobre las olas que ondulan blandamente como las de un lago. El vapor nos llevaba, digámoslo así, sin ondulacion. Por primera vez desde que emprendí la marcha, me parecia



RÍO-JANEIRO. — Entrada de la bahía, vista tomada de Santa Theresa.



El mercado de puerto.



Palacio de Boa Vista, San Cristóbal, residencia del emperador del Brasil.

bitamente á la memoria una legion de aduaneros y gendarmes pidiendo los pasaportes.

Algunos minutos despues tocábamos al muelle. Detrás de la ciudad se perfilaban los picos que se perdian en las nubes.

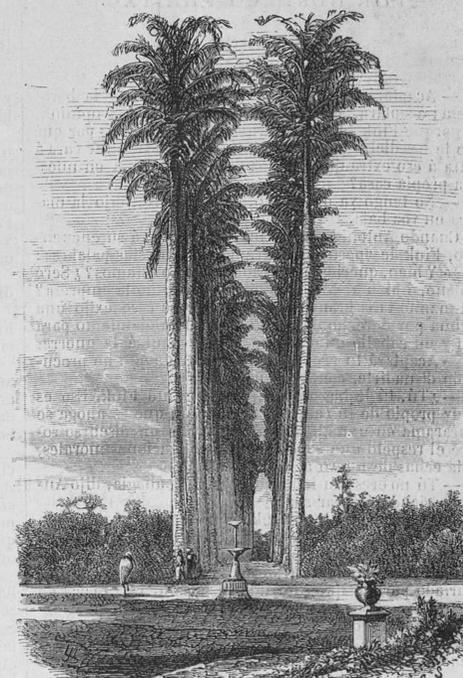
Desembarcamos pues: un olor desagradable me recibe en tierra: ¡adios el aire embalsamado de la bahía de Río! Circularlo en todos sentidos, veo negros y negras: el mercado está instalado en el puerto, y allí venden frutas, aves y utensilios caseros. Creeríase uno aquí en alguna verde plaza en los Países Bajos, salvo el clima y el olor que se afirma mas y mas... Pero ya sé lo que es: una porcion de negros llevan al hombro toneles cuyo contenido despide un olor nauseabundo; se conoce que en Río no se ha instalado aun ninguna de esas compañías que limpian las inmundicias de noche y con todas las precauciones posibles para el olfato de los habitantes. Río-Janeiro se en-



Largo de Paço. — Fuente del Obelisco de granito.

cuenta construido en un terreno sumamente húmedo, donde el agua filtra, digámoslo así, de la tierra, y así no es de extrañar que la fiebre amarilla y el cólera hayan hecho á menudo grandes destrozos. La temperatura es sofocante, la atmósfera está cargada siempre de vapores de agua. Los brasileños, acostumbrados á este clima de invernáculo, se acostumbran facilmente á nuestros frios secos. En cambio los calores que ellos tienen son con frecuencia mortales para los europeos.

En resumen, Río-Janeiro gana mucho en no ser estudiado de muy cerca: sus calles, por lo general, están poco aseadas, y las casas, que no pasan de tres pisos, tienen rara vez una arquitectura elegante. Una de las vias principales es la de Ovidor. Cuando se ha recorrido esta calle donde la Francia está representada por algunos centenares de modistas, sastres y joyeros, ya se ha visto el santuario mas puro del *high-life* del Brasil. El aficionado al lujo no debe salir de aquí; en tanto que los que prefieren los comestibles, deben visitar la calle del Rosario, adonde la ciudad portuguesa de Oporto



Palmeras reales del Jardin Botánico.

envia todas las maravillas de su tocinería. Por último, el que desee estudiar las costumbres equívocas no tiene mas que penetrar en el barrio que atraviesan las calles do Sabao, do Hospicio, etc.

En cuanto á monumentos, dicen los brasileños que los hay muy notables en Rio y citan entre otros la residencia del emperador, el palacio de San Cristóbal, edificio espacioso, pero sin armonía, mal distribuido y que carece de la grandiosidad de un palacio imperial.

El Largo de Paco, que se extiende delante de la residencia del soberano, es una plaza magnífica con una fuente.

Uno de los jardines mas agradables es el botánico, donde hay magníficas palmeras.

Tres cartas de recomendacion para personas acomodadas de Rio, me permitieron conocer inmediatamente las costumbres de la clase aristocrática. Hé aquí cómo se vive en este bienaventurado paraíso del calor. Generalmente madrugan para tomar un poco el fresco, y en cuanto calienta bien el sol se apresuran á volver á casa y se tienden sobre esteras. Brasileños y brasileñas pasan entonces las horas durmiendo, fumando cigarrillos y tocando y cantando. La guitarra continúa siendo el instrumento de predileccion y sus acordes se ajustan perfectamente á la voz. El tocador, el sueño, el canto y sobre todo el tabaco, ocuparon todos los minutos hasta las cuatro, á cuya hora se piensa en salir. No hay para qué decir que los extranjeros, como los perros, se han adelantado, pues hay que hacer negocios aunque cuesten alguna insolacion. Los nobles habitantes de Rio, menos apresurados y mas prudentes, no salen pues hasta que cae la tarde, y eso para dirigirse de toda gala al paseo.

Dan las cinco y el comercio concluye su tarea. La vida y la alegría se esparcen, digámoslo así, á torrentes por las calles. Los coches abundan. Las señoras que no salen de casa y desean disfrutar tambien del movimiento, al menos con la vista, se instalan en el balcón y desde allí mas de una ojeada lanzada furtivamente al través del abanico incendia los corazones de los intrépidos jinetes. Llega la noche. El misterio envuelve con nuevas seducciones á las hermosas señoras que se inclinan á su balcón ó se ocultan detrás de las celosías. En todas las casas se oye música. Hé ahí convertido en realidad el sueño del paraíso de Mahoma. Rio es entonces un centro de placer y no le cede en nada á las primeras ciudades de Europa.

Mientras los blancos se abandonan á las distracciones mundanas, los negros se entregan con una especie de furia bestial á todos los excesos de la danza. Nunca, ni aun en las Kermesses de Flandes he visto discípulos mas estúpidamente encarnizados al culto de Terpsicore. La orquesta que se compone de una guitarra ó de algun pífano, pone en movimiento á los hijos de Africa que poco á poco se van enardeciendo, y cantando ó clamando saltan y se empujan con una furia delirante. No es una danza, es un vértigo del que se hallan poseídos los bailarines africanos.

R. C.

(Se continuará.)

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— Aceptará, dijo Leonor en el aposento de la baronesa; aceptará, porque Wohlfart no es de esa opinion, y porque Fink le ofrece dinero. Madre mia, ¿por qué no le has dicho que nosotras no podremos mirar cara á cara á ese extranjero, si nos da una limosna en nuestra propia casa?

— No tengo ya ni orgullo, ni esperanza, dijo la madre en voz baja.

Cuando Antonio volvió, mal dispuesto, á su encuentro, Fink le apostrofó alegremente con estas palabras:

— Y bien, querido procurador, ¿cómo estamos? ¿Seré colono, ó bien el baron intentará él mismo la empresa? El manifestaba grande empeño. En ese caso exijo una prima por derecho de invencion, y un alojamiento para mí y mi caballo mientras se juegue aquí á la guerra.

— Aceptará tu proposicion, á pesar de que he procurado disuadirle, contestó Antonio.

— ¿Tú, tú le has disuadido? preguntó Fink. Eso es muy propio de tu carácter. Si una rata que se ahoga se encarama en una alfagía, tú le espetas un discurso sobre el respeto que se debe á las obligaciones morales, y la echas de nuevo al agua.

— Tú no eres tan inocente como una alfagía, dijo Antonio riendo á pesar suyo.

— Escucha, continuó Fink, yo no tengo una exquisita y extremada sensibilidad; pero en el caso presente, yo no miraría como una prueba de tu amistad si fueras á edificarme con alguna fraterna. ¿Te ves pues muy contrariado porque quiero ayudarte á pasar una época de locura?

— Te conozco hace ya mucho tiempo, dijo Antonio, para saber que tu amistad hácia mí tiene una parte no pequeña en tu proposicion.

— ¡De verás! dijo Fink en tono burlon. Y esa parte,

¿crees tú que es muy grande? No estamos ya en la edad de oro. Cuando uno ajusta su proceder todo lo humanamente posible á las exigencias de la virtud, se analiza tanto y tanto, que la virtud, bajo el escarpelo de la malicia, acaba por trasformarse en egoísmo.

Antonio le pasó la mano por la megilla.

— Yo no analizo, contestó. Has hecho una noble proposicion, y no estoy descontento de tí; pero si lo estoy de mí mismo. En los primeros trasportes de alegría que he experimentado al verte llegar, te he dicho sobre la posicion del baron y sobre el profundo pesar de esas señoras, mas de lo que me permitia mi deber; te he iniciado motu proprio en los secretos de esta casa, y tú, obrando bruscamente como tienes de costumbre, te has aprovechado de lo que no hubiera debido comunicarte. De este modo te he puesto yo en relacion directa con la familia, y te he hecho aventurar tus capitales en este pais entregado á los horrores de la guerra civil. Que todo esto se haya verificado tan súbitamente, no está en consonancia con mi modo de pensar, y que mi imprudencia haya sido la causa, hé ahí lo que me contraria.

— Eso es natural, dijo Fink riendo, tu mas dulce goce es darte mal rato por todo cuanto te rodea.

— Dos veces me ha sucedido, continuó Antonio, á mí, á quien has echado en cara con frecuencia las excesivas precauciones, comunicar á mis amigos la posicion de la familia de Rothsattel, sin habérmelo preguntado. La primera vez, intenté, sin resultado, facilitarle ayuda y consejo, y esta circunstancia es la que influyó mas que nada en que abandonara el escritorio por esta familia. Hoy mi segunda indiscrecion facilita el baron el auxilio que yo no he reclamado. ¿Qué resultará de todo esto?

— Que saldrás de esta casa para volver al escritorio, dijo Fink riendo. ¿Se ha visto jamás un Hamlet mas quisquilloso con botas de montar? ¿No podré yo descubrir si deseas ó temes en secreto esta consecuencia lógica de tu conducta?

Sacó una moneda de su bolsillo.

— ¡Vamos, Antonio, cara ó cruz! ¿La rubia ó la morena? ¿Tiro?

— No estás en el Tennessee, vendedor de carne humana, contestó Antonio riendo á su pesar.

— Yo jugaba limpio y con buen dinero, repuso Fink con calma; volviendo al bolsillo la moneda. Yo queria dejarte la eleccion. Piensa en ello luego.

III.

El baron aceptó. Efectivamente, en su situacion era bien difícil rehusar la oferta de Fink. Antonio mismo se vió obligado á convenir que una negativa era imposible desde el momento en que la proposicion se habia hecho con toda formalidad, pero el baron no aceptó de la manera franca y directa con que el buen sentido abordea las negociaciones territoriales. Siguió varios rodeos.

Se veia perseguido incesantemente por la idea de que iba á abandonar, durante algunos años, un beneficio considerable de sus tierras, y cuando reconoció suspirando la imposibilidad de evitar esta pérdida, encontró que era obrar un poco demasiado descaradamente por parte de un extranjero, presentarse á hacerle una proposicion semejante al dia siguiente de su llegada, y que la obstinada oposicion de Leonor no carecia de fundamento.

En estos momentos sentia su pobreza, la dependencia, y hasta si se puede decir la tutela de Antonio. En su acritud, abrigó hasta el pensamiento de renunciar por completo á un proyecto tan ventajoso; pero despues de su incertidumbre y fluctuacion entre el orgullo y el interés, este acabó por salir victorioso.

El no ignoraba el gran socorro que seria para los gastos del año corriente el pago anticipado del arriendo, y presentia que la creacion de los prados artificiales doblaría tal vez, en pocos años, el valor del dominio.

Convenia que en aquellos agitados tiempos, Fink era un socio que no tenia precio. Respecto á su esposa y su hija, guardó un silencio obstinado. Algunas tentativas que hizo Leonor para influir en su decision, fueron rechazadas con una pasmosa apariencia de buen humor. Finalmente, en el intervalo que medió entre la reflexion y la resolucion definitiva, el baron desplegó grande energía, y al parecer salió de su abatimiento moral.

Al cabo de algunos dias, llamó á su viejo criado y le dijo de una manera confidencial:

— Juan, avisame en cuanto salga M. Wohlfart, y M. de Fink se encuentre solo en su habitacion. Entonces anunciarás mi visita á este último y vendrás á buscarme.

Cuando el baron fué introducido secretamente en el aposento de Fink, le dijo con mucha galanteria que aceptaba su proposicion, y que dejaba á su cargo el cuidado de hacer extender el contrato en casa del escribano de Rosmin.

— Este es un negocio arreglado, exclamó Fink estrechándole la mano. Pero ¿no habeis pensado tambien, señor baron, que por vuestra amable aceptacion puedo encontrarme en la necesidad de reclamar vuestra hospitalidad durante algunas semanas y tal vez meses? Porque yo deseo presenciar á lo menos los primeros trabajos, que voy á emprender sin ninguna dilacion.

— Eso para mí es una doble satisfaccion, contestó el baron con franca cordialidad, si os conformais con la sencillez de nuestro modo de vivir. Yo cuidaré de hacer habitables algunas piezas de este lado del castillo, y las pondré á vuestra disposicion. Si teneis algun criado que deseéis esté á vuestro lado, mandadle venir en seguida.

— Yo no tengo criado, señor baron, dijo Fink; solo os ruego que permitais á Juan que cuide del aseo de mi cuarto. Hay un ser al que tengo mucho cariño, y del cual no quisiera estar separado mucho tiempo: es un potro de raza cruzada que está todavía en la cuadra de mi padre.

— ¿No seria posible traerle aquí?

— Si lo permitis, os quedaré sumamente reconocido.

Nuestros dos interesados concertaron las bases de su asociacion en la mejor inteligencia, y el baron salió del cuarto de Fink con la conviccion de haber conducido hábilmente este negocio.

— Todo está terminado, dijo Fink á Antonio que acababa de entrar: no te lamente y acepta una desgracia irreparable. Yo me estableceré en dos habitaciones de la esquina de esta ala de edificio, y me encargo de facilitarme por mí mismo lo necesario para mi instalacion. Mañana iré á Rosmin, y tal vez me alejaré mas. Me han hablado de un hombre inteligente que dirigirá la parte material de los trabajos. Le traeré conmigo y tambien algunos operarios. ¿Puedes cederme á Carlos por ocho dias?

— Su presencia es aquí muy necesaria; no obstante, si es preciso, procuraré reemplazarle. Déjame dictar solo algunas prudentes instrucciones.

Al dia siguiente Fink partió en compañía del húsar, y la antigua tranquilidad se restableció en el castillo. La reducida milicia hizo regularmente el ejercicio, y prestó el servicio de patrullas como antes. Se recibian á cada momento noticias alarmantes.

Un dia se supo que unos paisanos armados con hoces marchaban en direccion del camino real que estaba á poca distancia; otra vez, una partida de jinetes enemigos se presentó en los límites del señorío, pero se retiró por el camino del bosque, sin detenerse en el pueblo. Pequeños destacamentos de tropa que iban de paso, se presentaron tambien en demanda de alojamiento durante la noche.

Los oficiales eran bien recibidos en el castillo; hablaban de la encarnizada lucha que tenia lugar al otro lado del bosque, y tranquilizaban á las señoras dándoles la seguridad de que la insurreccion estaria dominada muy pronto. Nadie mas que Antonio sentia la pesada carga con que el paso de estas tropas agobiaba el dominio.

Se habian pasado cerca de quince dias sin que Carlos ni Fink dieran la menor señal de existencia. Un hermoso dia, Leonor estaba ocupada en su plantacion; hacia abrir hoyos á un trabajador para colocar en ellos las raices de los arbolitos traídos del bosque.

Unos cincuenta pinos y tiernos abedules formaban ya un bosquecillo sin pretensiones, mas propio en aquel momento para dar sombra á una perdiz que á un hombre.

Cubierta con su sombrero de paja y una pequeña azada en la mano, Leonor se mostró tan amable con Antonio al tiempo de pasar, que no pudo menos de detenerse para verla trabajar.

— ¿Es tiempo ya de que nos veamos, infiel caballero? le gritó Leonor. Desde hace ocho dias, no os habeis acordado absolutamente de mis arbolitos, y me he visto precisada á regarlos sola. Aquí teneis vuestra azada; venid y ayudadme á abrir zanjas.

Antonio se apresuró á coger el instrumento y á quitar el césped.

— He visto en el bosque tiernos enebros. ¿Os podrian servir tal vez?

— Sí, para los linderos, contestó Leonor reconciliada.

— Estos últimos dias he tenido mayor ocupacion que de ordinario, continuó Antonio. Carlos nos hace mucha falta.

Leonor hundió la azada en tierra.

— ¿No ha escrito todavía vuestro amigo? preguntó con aire indiferente.

— No sé qué pensar de su silencio, dijo Antonio; el servicio de correos no está interrumpido, porque han llegado otras cartas. Temo que haya sucedido alguna desgracia á nuestros dos viajeros.

Leonor movió la cabeza.

— ¿Podeis creer que es posible suceda alguna desgracia á M. de Fink? preguntó sin interrumpir su trabajo.

— Es un poco difícil creerlo, dijo Antonio riendo; no tiene trazas de dejarse abatir por el destino.

— Esto es tambien lo que yo pienso, contestó Leonor con sequedad.

Antonio calló un momento.

— Es bastante curioso que no hayamos tenido tiempo todavía para hablar sobre los cambios que debe ocasionar aquí la prolongada permanencia de Fink, dijo, haciéndose alguna violencia, porque sentia vagamente que una súbita mortificacion se habia interpuesto entre él y Leonor, como una de esas ligeras sombras que cubren un prado á que da el sol, sin que se vea de dónde proceden. — No estais descontenta, segun creo, de su instalacion entre nosotros.

Leonor se desvió haciendo deslizar una rama entre sus dedos.

— Y vos, ¿estais contento? preguntó á su vez.

— ¡Yo! contestó Antonio, la presencia de mi amigo no puede menos de serme agradable.

(Se continuará.)



PERIODICO DE LAS NOVEDADES ELEGANTES, DESTINADO A LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS

FIGURINES DE MODAS ILUMINADOS. — PATRONES. — CRONICAS DE LA MODA. — MODELOS DE TRAJES. — LABORES A LA AGUJA, TAPICERIAS, CROCHETS, BORDADOS, TOGADOS, ETC.

Crónica de la Moda.

SUMARIO. — Las fiestas de Compiègne. — Los trajes para los paseos. — Los prendidos nocturnos. — El estilo Luis XIV en los vestidos. — Las noches de funcion teatral en la corte. — La princesa de Metternich y la duquesa de Sesto. — Un traje de la emperatriz Eugenia. — Los encajes de la duquesa de Elchingen. — Las novedades de la moda para Año nuevo. — Enumeracion de trajes fotografiados para las lectoras del *Correo de Ultramar*. — Confecciones á la orden del dia. — La casaca polaca: la manteleta presidenta, el mac-farlane, el Watteau y la casaca rusa. — Las variaciones de los sombreros. — Modo de conservar la hermosura.

Las fiestas de Compiègne tocan á su fin y por lo tanto se hallan en todo su auge. Las crónicas palaciegas nos traen á Paris detalles maravillosos, relativamente á lo que importa á la moda.

De dia para los paseos á Pierrefonds se llevan bonitos trajes de terciopelo negro, de terciopelo de fantasía ó de paño bordado con trencilla.

Antes de pasar adelante explicaremos cómo se hacen estos trajes adoptados por la moda.

Consisten sencillamente en una enagua guarnecida con un alto volante que corona un abullonado; una túnica recogida por detrás á la paisana, una camisa rusa y una casaca sin mangas ó con grandes mangas abiertas, dejando ver las mangas de la camisa rusa.

Para de noche se llevan principalmente los vestidos de telas lujosas, como la seda mate, el raso y el terciopelo de color claro.

Los trajes se hacen al estilo Luis XIV, abiertos en forma de delantal y el delantal suele tener otro color que la cola.

Un traje de estos hemos visto



Nº 1. Tocados de baile.

que era de poulte de seda verde claro, y estaba adornado con volantes de punto de Inglaterra que subian en delantal hasta media falda, con cola de raso gris plateado, ribeteado con un alto sesgo verde sobre el cual se destacaba un volante de encaje blanco.

Cinturon de raso verde claro con grandes cocas.

Cuerpo muy escotado, gris perla, con adornos verde claro y una berta de encaje.

Las noches de funcion teatral en Compiègne proporcionan una brillante ocasion de lucir trajes y alhajas.

Nada mas armonioso que el conjunto de tantos prendidos elegantes. Todos los colores se casan hábilmente; pero dominando siempre el blanco.

La princesa de Metternich ha ostentado una variedad de trajes increíble; y á su lado la duquesa de Sesto que vuelve este invierno á la sociedad despues de haber pasado tres años en el luto, ha suscitado tambien una admiracion muy merecida. No se la han visto mas que trajes blancos que son los mas vaporosos é ideales: una noche llevaba el vestido cubierto de lilas blancas y parecia con este adorno una flor animada.

Otra noche lucia un vestido de raso blanco levantado por delante en draperias, describiendo la cola de corte por detrás y dejando ver una enagua de tul abullonada adornada en todo su derredor, con una corona de hiedra y de lilas blancas. Cinturon de hiedra y en su dorado cabello, tres pájaros de diamantes mezclados con plumas rosadas.

La misma noche la princesa de Metternich llevaba un soberbio aderezo de onyx y brillantes con un vestido de tul blanco sembrado de chispas de oro y con alas de perdiz sobre los hombros.

¿Añadiremos que la emperatriz triunfaba siempre en medio de estas elegancias?

Un traje sobre todo ha llamado mucho la atencion, y era de raso

blanco, recogido con cinco gruesos ramos de dalias encarnadas. El cuerpo era escotado á la María Antonieta, con una banda de terciopelo dalia, sobre la cual se destacaba una pléyada de estrellas: era como si dijéramos una berta de brillantes.

En la funcion del lunes último la duquesa de Elchingen llevaba por cien mil francos de encaje blanco sobre un vestido de raso color de rosa: la cabeza del volante estaba formada por follajes y margaritas color de rosa.

Lo que se trabaja en Paris para las recepciones y fiestas de año nuevo es extraordinario: el lujo se anuncia este invierno mas alto de punto que nunca.

Entre los modelos que ofrecen modificaciones dignas de ser conocidas, porque ellas imprimen un nuevo carácter á la elegancia, vamos á citar las siguientes:

Un vestido negro de fave, falda de mucho vuelo y adornada solo por detrás con un altísimo volante guarnecido por arriba y por abajo con una ruche de raso verde; este volante está puesto de modo que forma cola, es decir, que siendo muy alto por arriba se disminuye mucho hácia los lados, donde se fija con una gruesa roseta de raso verde.

Completa este traje una confeccion de terciopelo negro, de forma ajustada, pero muy corta de cuerpo y adornada con un alto volante de Chantilly. Un grueso lazo de encaje cae de la escotadura, y las mangas están adornadas con hombreras de encaje.

Otro traje es de raso azul adornado de follaje glaseado con una falda de cola cuadrada. El cuerpo alto y las mangas justas tienen una simple guarnicion de pasamanería de un trabajo perfecto.

Hay trajes de terciopelo granate, color muy á la moda, que llevan el bajo de la falda ondeado por delante sobre



Nº 2. Traje escocés para niña de cuatro á cinco años.



Nº 3. Traje escocés para niño de cuatro años.

un plegado de raso granate que desaparece á los lados para formar una larga cola de terciopelo. Las mangas, no muy justas, llevan un plegado de raso.

Para estos trajes se hacen confecciones que forman dos puntas plegadas por detrás, las cuales caen del escote, y están adornadas en su extremo con una alta franja de felpilla granate. La parte de delante es ajustada y se redondea y se pierde bajo las puntas, y lleva al borde por adorno un volante de terciopelo cortado al sesgo coronado con una rica pasamanería. Las mangas de una anchura ordinaria se detienen en la sangría y están adornadas con un volante.

Otro traje es de raso verde y de larga cola. La parte de delante es recortada y forma un gran ondeado cuadrado sobre un fondo de terciopelo de un verde mas oscuro.

Este ondeado lleva al borde un plegado claro de encaje negro, y cada parte del ondeado está fijada con un bonito dibujo de pasamanería de seda ligeramente perlado.

Al cuerpo se ajusta un cinturón con múltiples cocas de terciopelo escocés verde de dos tonos.

Las mangas están adornadas en todo su largo con una aplicacion de terciopelo que corresponde al trabajo de la falda.

Otro modelo se distingue por su elegante originalidad, y es de terciopelo con reflejos de ala de pájaro mosca: no lleva cinturón ni costura en el talle.

Este traje, de un aspecto artísticamente imaginado, está cortado de una sola pieza por medio de una ancha incision practicada detrás de la falda, y dispuesta por medio de otras cortaduras para formar un gran recogido por detrás con un alto volante fruncido en el bajo. A cada lado tiene este volante un lazo de raso con reflejos. El delantero del cuerpo se entreabre con grandes solapas de estilo Directorio, hechas de raso y adornadas con una guarnicion calada de pasamanería.

Las mangas tienen grandes vueltas ó bocamangas del mismo estilo, y una rica botonadura de pasamanería está escalonada en toda la altura del delantero del traje.



Nº 4. Traje de paseo.

En estos lujosos trajes de vestir es donde mas se ejercita la imaginacion de las modistas parisienses.

Hé aquí otro modelo muy notable de raso y terciopelo, con larga cola, adornado con muchos volantes alternados de dos matices hasta la base de una segunda falda que forma delante por medio de una separacion hecha en los lados, aunque reunida sin embargo, á la parte de detrás con lazos de raso.

Un gran cinturón se ajusta á la falda.

El cuerpo de raso se prolonga de modo que forma gruesos recogidos adornados con dos pequeños volantes, uno de terciopelo y otro de raso. Los recogidos que suben abriéndose sobre el delantero, vuelven á cerrarse bajo unos lazos que constituyen tambien el adorno del cuerpo.

Las mangas, angostas, están adornadas con una gran bocamanga de terciopelo guarnecida con un volante de raso.

Otros trajes no menos ostentosos son de raso de colores claros.

Describiremos un vestido azul con falda de cola sumamente larga.

Este vestido lleva por abajo un gran plegado de la misma tela, que atraviesa en su cabecera dos sesgos de raso blanco.

Sobre esta falda se ve figurada una segunda falda con anchos sesgos de raso blanco que coronan un alto encaje que sube por los lados bajo dos dobles cocas de raso blanco. La parte que cae atrás lleva el encaje en torno de la cola.

El cuerpo forma una sola pieza con faldetas redondeadas y progresivas.

Una berta de encaje aplicada al cuerpo se continúa por detrás de modo que recorre toda la altura de la falda para perderse en la cola como largas bandas de encaje cortadas por lazos.

En el talle se ven por detrás dos cocas dobles de raso blanco.

Las mangas ajustadas y cubiertas con segundas mangas cortas, están adornadas con un alto volante de encaje.

En la próxima revista tendremos prendidos de baile, pues para entonces ya los salones de Paris comenzarán á dar sus primeras fiestas.

Entre las confecciones á la órden del dia tenemos que señalar unas casacas que llaman polacas de una gracia incomparable.

De terciopelo negro con banda de marta zibelina, ó de chinchilla, pueden acompañar á toda clase de vestidos.

Estas casacas van recogidas á los lados, ó por mejor decir, fruncidas á la Camargo, y su forma casi ajustada, dibuja el talle con elegancia.

Tambien citaremos la manteleta presidenta que se hace igualmente de terciopelo negro y se adorna de pieles, de guipure ó con un sencillo abullonado de la misma tela, con un lazo en el bajo de la manteleta por detrás.

La forma de esta manteleta es á la vez cómoda y de buen gusto.

Lleva faldetas añadidas, y por detrás bajo la faldeta entreabierto, van puntas de cinturon con una franja de pasamanería.

Con los vestidos de faldetas no se lleva cinturon.

Para medio-vestir se usa mucho el mac-farlane de paño azul oscuro ó castaño, guarnecido de sesgos de gro orlados de raso y con una densa franja de seda: por detrás va recogido con lazos.

Tambien son muy distinguidos los mac-farlanes mas sencillos, sin adornos, recogidos solamente con lazos del mismo paño.

Para vestir sigue á la moda el Watteau de terciopelo negro guarnecido de guipure ó de lujosa pasamanería.

Por último, la casaca rusa con solapas es una confeccion muy elegante.

Esta casaca se hace de paño y se forra con una tela de un color vistoso.

Las solapas del delantero se unen por medio de un boton. Todo el rededor de la casaca está guarnecida de astrakan gris y negro ó de felpilla.

En el delantero tiene alamares de pasamanería que atraviesan por arriba de un hombro á otro.

La casaca rusa lleva un cuello alto tambien guarnecido de piel ó de felpilla, así como las vueltas de las mangas.

Esta casaca cae derecha por detrás.

La variedad en los sombreros es tan grande que damos esta vez entre nuestros grabados dos series de modelos, á fin de que nuestras lectoras puedan apreciar



Nº 5. Traje de visita.



Nº 6. Modelos de sombreros.

las innovaciones de la moda. Y esto independientemente de los tocados de baile que llevan su grabado aparte.

Hay sombreros de vestir que forman un grueso bullon de tul ilusion sostenido por dos cocas de cinta de terciopelo de color. Las cintas son del mismo terciopelo. En el interior hay un adorno de florecillas de felpilla con corazon de oro.

Un modelo de terciopelo blanco orlado con rulos de raso, lleva una diadema muy alta de raso verde, sembrada de florecillas nacaradas. Por un lado hay un adorno de plumas verdes. El velo es de encaje blanco y está sujeto por detrás. Su forma es cuadrada. Las cintas son de raso verde.

Otros modelos forman un grueso ramo de rosas multicolores sobre blonda negra, que baja y se sujeta bajo la barba con un lazo de raso negro.

Finalmente, citaremos entre las elegantes creaciones del momento los sombreros de cuello de pavo real de forma redondeada y que llevan sobre la frente capullos y tul abullonado. Las cintas de raso glaseado, corresponden al color de las plumas.

Para completar nuestras noticias recordaremos á aquellas de nuestras lectoras que quieran conservar la belleza y lozanía del semblante, el triunfo extraordinario que obtienen la ROSA DE CHIPRE y el BLANCO DE PAROS, de V. Rochen aíné, doctor médico y químico de la facultad de medicina de Paris. Habiendo señalado la Academia imperial de Ciencias los peligros que ofrece el empleo de la mayor parte de los afeites vulgarizados en el comercio de la perfumería, los productos del *Office hygiénique*, 17, rue de la Paix, en Paris, han adquirido una boga extraordinaria, pues todas las señoras inteligentes han comprendido que no deben ya admitir para el natural cuidado de su hermosura, mas que los productos medicales garantidos por esta casa de confianza y que ella misma envia á todas las ciudades de América, dirigiéndolos á las casas privilegiadas donde no se venden nunca las falsificaciones.

JULIA.



Nº 7. Modelos de sombreros.

Descripcion del figurin iluminado que acompaña á este número.

Primer traje. — Vestido de raso gris-luz; falda de cola guarnecida con muchos volantes de raso separados por abullonados de tul ilusion sobre raso gris. Cinturon de nuevo estilo, todo rizado de tul y guarnecido de blonda bordada. Los tres cabos son muy abultados detrás del talle. Las mangas están abullonadas de tul. Roseta de cinta sobre cada hombro y en el cinturon. Tocado: lazo-roseta, rosa detrás del cabello. Guante de cabritilla.

Segundo traje. — Vestido de muselina blanca; falda guarnecida con un alto volante Luis XV. Pequeño Camargo. Cinturon de tela de seda verde Pompadour y rayado amarillo oro. Lazo sin cabo delante del cuerpo y gran lazo flotante por detrás. Tirantes que recuerdan el rayado de la tela. Cuerpo de muselina muy abierto por delante y por detrás. Guante de cabritilla.

Descripcion de la hoja de patrones y bordados que acompaña á este número.

LADO DE LOS PATRONES.

Patron de camiseta ó almillá. — Las diferentes piezas de que se compone esta camiseta para de noche, están claramente indicadas en nuestra hoja.

Esta camiseta es muy lujosa, con su cuello derecho y sus adornos de entredos de guipure, separados entre sí por tres pliegues de nansú muy finos. La pieza es derecha por detrás y baja hasta el medio del pecho por delante.

La pieza sube luego abriéndose hasta el hombro: un entredos de guipure forma adorno por delante desde el cuello hasta la cintura y á cada lado tiene doce ó quince plieguecitos muy menudos.

La manga, un poco ancha, está adornada por abajo con los mismos pliegues y con guipure y remata en

una guarnición de guipure que cae sobre la mano.

Los patrones de la salida de baile y el de la gorra se hallan en el lado de los bordados, y luego daremos las correspondientes indicaciones.

LADO DE LOS BORDADOS.

Nº 1. Cuello blanco con ángulos vueltos, que se borda al plumetis y con feston al borde; en el interior de los medallones se bordan las barritas al feston y se recorta la tela por debajo para hacer calados.

Nº 2. Parte de debajo del mismo cuello.

Nº 3. J, B, L, letras derechas, para pañuelo.

Nº 4. Pañuelo plumetis sobre dobladillo, con calados en la roseta de la punta.

Nº 5. S, G, para pañuelo y servicio de mesa, corona de marqués.

Nº 6. Escudo plumetis para pañuelo.

Nº 7. B, L, florido, para pañuelo.

Nº 8. L, C, florido, para pañuelo.

Nº 9. AG, enlazadas, para servicio, corona de marqués.

Nº 10. Escudo plumetis y punto pluma.

Nº 11. LD, enlazadas, floridas, para pañuelo.

Nº 12. L, D, floridas, para pañuelo, que pueden servir también para servilleta.

Nº 13. M, B, plumetis, para mantel, funda de almohada.

Nº 14. E, B, feston, para servicio de mesa.

Nº 15. M, B, plumetis, para servilleta.

Nº 16. S, G, góticas, para mantel y sábanas, corona de marqués.

Nº 17. Mitad de gorra de noche, para niña.

Nº 18. Orla de falda, trencilla y guipure sobre dobladillo.

Nº 19. E, B, feston para mantel, funda de almohada y sábana.

Nº 20. MM, enlazadas, plumetis.

Nº 21. Escudo Rubens, que se borda al punto de arena y al punto de raso. Se puede poner una doble tela bajo el amorcillo y entonces se bordan con cordoncillo todos los rasgos indicados.

Nº 22. Entredos, punto de pluma y punto de arena.

Nº 23. AG, enlazadas para pañuelo, corona de marqués.

Nº 24. M, G, letra inglesa, para pañuelo.

Nº 25. L, D, plumetis, para sábana ó funda de almohada.

Nº 26. M, G, letra inglesa, para pañuelo ó servilleta.

Nºs 27 á 51. Alfabeto, letras enlazadas, unidas y puntuadas; letra D.

Nº 52. Delantero de un paletó, que se borda con trencilla y abalorios de azabache; también puede servir de salida de baile, bordado sobre raso blanco. En este caso se añade una capucha.

Nº 53. Mitad de una capucha para salida de baile; las letras E, E, indican que es preciso levantar la capucha y luego fruncirla.

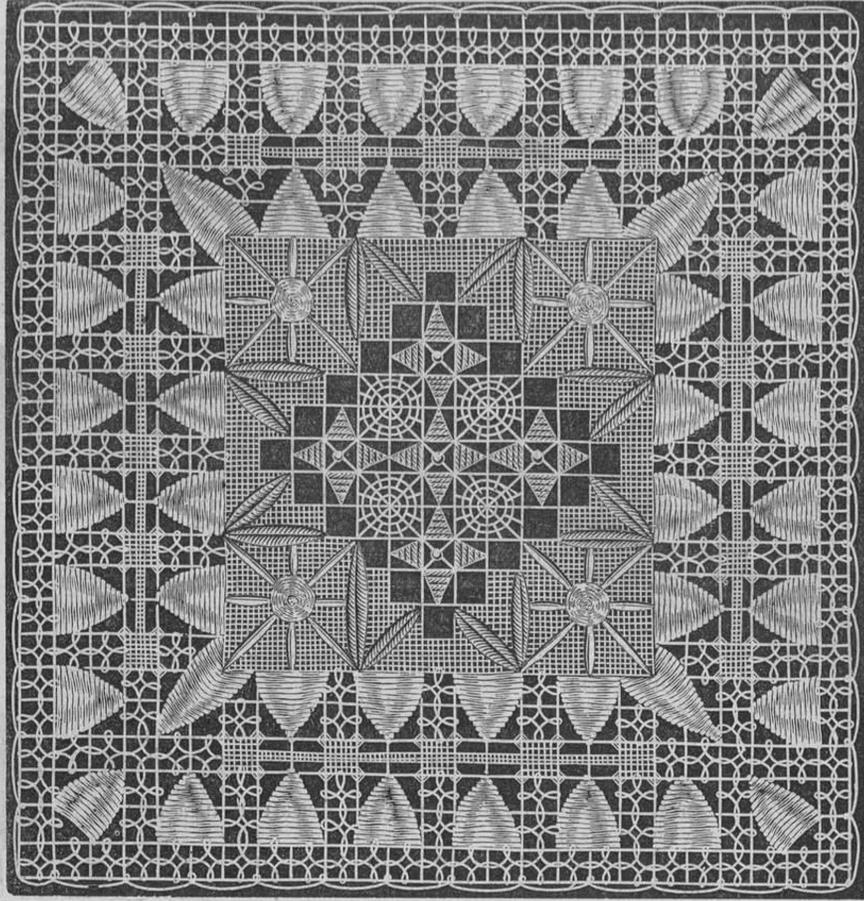
En el otro lado del suplemento reproducimos el aspecto general de la salida de baile.

Trajes, tocados, labores y demás cuyos dibujos se intercalan en el texto.

Nº 1. Tocados de baile.

Por las cuatro figuras de nuestro grabado Nº 1, se ve que los peinados actuales exigen tocados de flores ó de otros adornos, pero de un género especial.

El primero se compone de un lazo de cintas puestas sobre una pequeña fanchon de guipure cuyas extremidades parecen formar cordón en torno de los rulos del rodete. Un entredos de guipure se mezcla en los retorcidos del pelo.



Nº 8. Cuadro de filocha bordado.

El segundo consiste en una gruesa flor de terciopelo, con follaje y florecillas de terciopelo del mismo color. El rodete tiene cuatro cocas por detrás, y de en medio de ellas parten trencitas que vuelven por delante y forman cordón.

En medio del rodete hay una peineta.

El Nº 3 es un tocado cuyo delantero lleva una diadema, en tanto que caen hácia atrás capullos de rosas y follaje.

Todo el cabello está levantado de modo que forma un grueso rulo sobre lo alto de la cabeza, en tanto que los rizos caen por detrás en cascada.

El cuarto tocado lleva al frente una coronita de rosas, en medio de la cual hay un precioso pajarillo. El cabello de delante está rizado formando aguas, y el rodete está guarnecido de cocas y de grandes rizados que caen en el cuello. Collar de rosas.

billas y sostiene una plumita. Botitas altas y medias blancas.

Nº 2. Traje escocés para niña de cuatro á cinco años.

Compónese este traje (fig. 2) de un vestido de mangas largas y cuerpo alto guarnecido con un fleco ó una ruche de cinta de tafetan negro. La falda está enteramente cortada al sesgo, y el plastron de delante, que lleva una costura en medio, está abotonado con botones de terciopelo negro.

Paletó de la misma tela, sin mangas, con una larga esclavina que lleva por detrás un lazo. Sombrero de paja de reflejos dorados, adornado de terciopelo negro y puntas flotantes.

Nº 3. Traje escocés para niño de cuatro años.

Compónese este traje (fig. 3) de una falda de pliegues aplanados unos sobre otros desde los lados, pues el delantero es un solo y ancho pliegue que forma un plastron guarnecido con lazos de terciopelo ó de cinta. El chaleco se abotona enteramente, y el bajo remata en punta. Chaqueta abierta sobre el chaleco, con faldetas puntiagudas y adornadas con botoncitos. Mangas ajustadas ribeteadas de galon. Cuello inglés. Sombrero levantado por un lado con una lazada de terciopelo que pasa por una hebillas y sostiene una plumita. Botitas altas y medias blancas.

Nº 4. Traje de paseo.

Nuestro grabado Nº 4 ofrece un bonito modelo de vestido para paseo en carruaje. La primera falda, un poco de cola, es de terciopelo escocés; la segunda falda y la casaca, de terciopelo negro, están guarnecidas con anchos sesgos de terciopelo escocés, y recogidas detrás con un grueso pliegue. Ancho cinturón de terciopelo escocés. Sombrero de terciopelo negro con pluma derecha sobre el lado.

Nº 5. Traje de visita.

El traje que lleva la figura Nº 5 ofrece á nuestras lectoras el modelo adoptado generalmente por las señoras de París en esta estación del año. El vestido de cola, hecho de poult de seda malva oscuro, está guarnecido por abajo con pequeños volantes rizados de raso del mismo color, que dibujan una especie de greca, coronada con un sesgo y un lazo de raso. Cuerpo de largas faldetas formando segunda falda, con grueso recogido por detrás que adorna un volante de raso. Cinturón de grueso lazo sin puntas, y berta cuadrada figurada por un sesgo y un volante rizado.

Sombrero de terciopelo malva hecho de tres cocas rodeadas de blonda blanca y un lazo de terciopelo puesto en diadema; cintas de blonda sostenidas bajo la barba con un lazo de terciopelo.

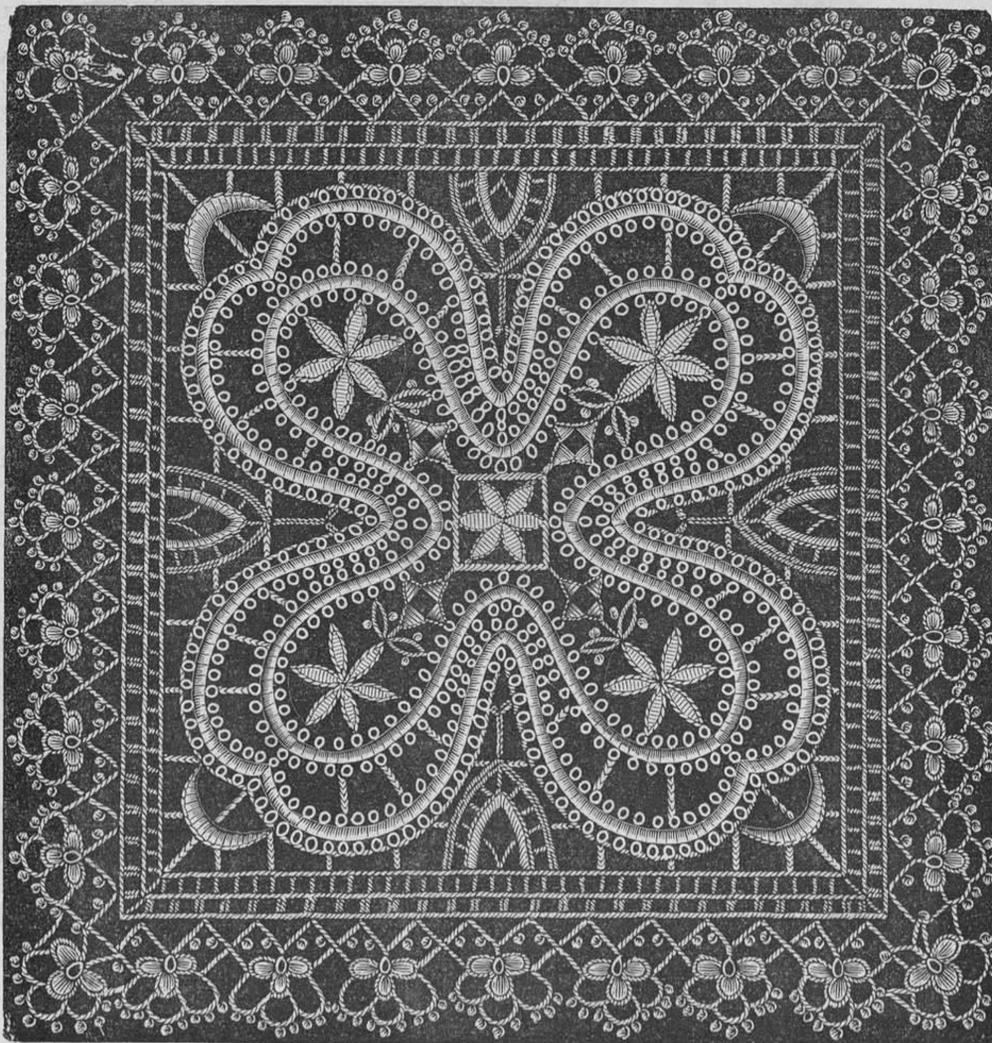
Botitas de raso de color como el del vestido con alto tacon Luis XV. Guante de cabritilla.

Nº 6. Modelos de sombreros.

Nuestro grabado Nº 6 ofrece cinco modelos de sombreros, á cual mas elegantes.

El primero es de terciopelo epinglé color de albaricoque; adornado de follaje verde con botones de oro y encaje.

El segundo se compone de una gruesa ruche, con cintas de ter-



Nº 9. Acerico mignardise y crochet.

ciopelo negro, guarnecidas de encaje negro.

Largo rastro de volubilis violeta, con follaje amarillo, verde y encarnado, que cae sobre el rodete.

El tercero es todo de pluma color de rosa. Al lado hay una rosa, y otra rosa sujeta las cintas de atar bajo la barba: estas cintas de atar son de tul color de rosa.

El cuarto modelo es una toca de piel gris, guarnecida con follaje de terciopelo verde.

El quinto y último es todo de terciopelo negro, y lleva un grueso lazo de terciopelo puesto de lado, y encima un pajarillo exótico.

Nº 7. Modelos de sombreros.

Cuatro modelos de sombreros se ven en nuestro grabado Nº 7. El Nº 14, de terciopelo violeta, tiene las cintas y el ala de una sola pieza, y las cintas van adornadas con un rizado de raso del mismo color. Su forma, muy levantada, se compone de una ancha coca de encaje; en cada coca hay lazos de raso violeta, y en el del centro hay una pluma alta sostenida por una medalluna de azabache.

El modelo Nº 15 es una pequeña fanchon de terciopelo negro realzada con un encaje bajo: bandas y alas de una sola pieza, y el ala ligeramente abullonada. Una diadema de follaje de terciopelo rubí forma la parte de encima.

El modelo Nº 16, de terciopelo sultan, va adornado con una corta mantilla de blonda de España: un alto bandó de terciopelo forma la parte de encima, y le adorna un follaje de distintos matices.

El modelo Nº 17 es un sombrero de niña, de terciopelo negro, de forma baja, con plumitas derechas colocadas hacia la izquierda, y á la derecha un lazo de raso con anchas puntas que caen por detrás.

Nº 8. Cuadro de filocha bordado.

Se tiende en un telarcito cuadrado, de alambre, un cuadro de filocha de 25 puntos. Se empieza á bordar por el centro con algodón de crochet, del mismo grueso que el del cuadro. El dibujo del centro lo forman triángulos al punto de Venecia y ruedecillas. Los cuadritos tapados se hacen al punto, zurcido de tela, y los bordes al punto de espíritu. Encima de esto se hacen las cuatro rosetas y los puntos al realce, y se concluye por las hojas al realce que forman orla.

Para poder ejecutar esta clase de labores con toda facilidad, vamos á dar la explicacion de los diferentes puntos.

El punto de espíritu se hace como un punto de feston muy flojo, haciéndose primero de un lado de los cuadros de la filocha, y luego del otro uniéndolos en el centro.

La ruedecilla coge cuatro cuadros de la filocha; se forma una cruz en X juntando dos hilos de un ángulo á otro. El cuadro principal se encuentra así dividido en ocho separaciones iguales. Se ata el hilo debajo del nudo en el centro de los cuatro cuadros, y se pasan luego alternativamente debajo y encima los ocho hilos de la separacion. Es preciso tener cuidado en continuar la roseta bien plana. A una pequeña distancia se pasa un hilo entre las divisiones formando cordoncillo con ruedo, y se repite una segunda vez este ruedo un poco mas distante, de modo que la roseta del centro se encuentre separada de la ruedecilla de dos ruedos separados.

El punto de zurcido de tela se hace lo mismo que un zurcido ordinario. Se pasan cuatro hilos á lo largo de un cuadro de la filocha, y otros cuatro al través de los primeros, pasando la aguja una vez encima y otra debajo. Habiendo que llenar varios cuadros seguidos, se

pasan los hilos por todo el largo, para llenar de una vez todos los cuadros que han de ser mates.

El punto de Venecia es el mas difícil para hacerlo con igualdad. Se empieza por cubrir con una hilera de puntos de feston, un poco flojos, uno de los lados de un cuadro de la filocha, y se vuelve sobre estos puntos, haciendo otros y trabajando para otra. Se continúa yendo y viniendo, siempre á feston, hasta llenar el cuadro; la última hilera se hace al feston en el hilo de la filocha. Cuando este punto debe formar triángulo, como en nuestro dibujo, se mengua un punto en cada hilera y se concluye con un solo punto en el hilo de la filocha.

El punto al realce se hace tendiendo un hilo sobre un número determinado de cuadros; para las hojas al realce que orlan nuestro dibujo, el hilo se tiende sobre dos cuadros; otros dos hilos se tienden á cada lado del cen-

tería de seda, llamada napolitana, abalorios negros, oro y seda.

Este modelo de terciopelo negro es á un tiempo lujoso y serio, algunos ligeros arabescos de oro le dan mas realce. Se necesita una tira de terciopelo negro de 75 centímetros de largo sobre 16 de ancho para todo. El terciopelo puede dibujarlo uno mismo siguiendo las indicaciones del dibujo. Para la tira se repetirá cuatro veces nuestro dibujo. Las rayas mas anchas se hacen con napolitana de seda negra; es una cordonería redonda muy fina que se cose con seda negra como una trencilla; las rayas que forman ondas en el bajo del dibujo son de napolitana con un cordoncillo de oro á cada lado. Se cose con seda amarilla muy fina. En el resto del dibujo las rayas mas delgadas son tambien de oro. Las flores son de paño negro rodeadas de cordoncillo de oro. Todos los ruedecitos se hacen con abalorios negros. Se ensarta en la seda negra el número de abalorios necesario, y se clava la aguja en el otro extremo. Para empezar y rematar la napolitana y el cordoncillo, se hace con un punzon un agujerito en el terciopelo y se entra el cabo en él, corriéndolo bien por el revés.

El ruedo se borda del mismo modo. Para montar el gorro griego se forra con seda negra guatada y respunteada en rombos. Por dentro y al rededor del borde se aplica una tira de cuero.

En el centro del ruedo, se cose una bonita borla de cordonería.

Nº 12. Trajes de recepcion.

Los dos trajes que representa nuestro grabado Nº 12, sirven para recibir visitas, y constituyen dos modelos de los mas elegantes.

Hé aqui su descripcion:

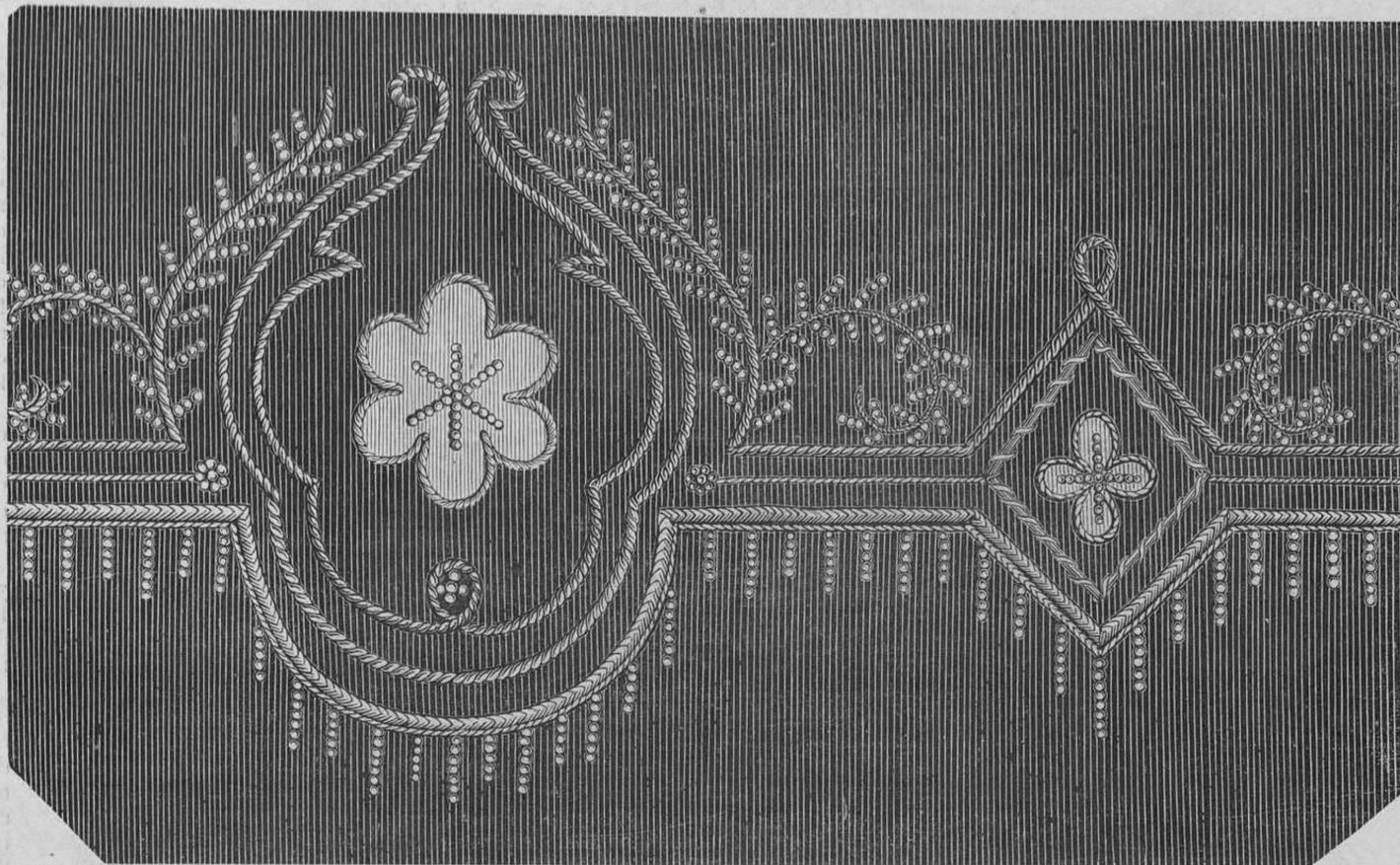
El primero es de poult de seda ó raso verde con túnica de terciopelo negro guarnecida de encaje y sesgos de raso. La falda verde remata por abajo en un alto volante plegado sobre el cual cae un encaje que lleva un alto abullonado recogido de distancia en distancia con lazos de raso verde. La basquiña de terciopelo lleva un grueso recogido por detrás con un doble lazo de raso verde, y luego cae sobre una túnica de terciopelo abierta por detrás, y guarnecida con terciopelo y sesgos de raso. El cuerpo de la basquiña está adornado en forma de fichu con un encaje que lleva tambien sesgos y lazos de raso. El adorno de las mangas consiste en sesgos y encajes.

El otro traje es de raso de lana gris hierro, y se compone de una primera falda guarnecida por abajo con un alto volante formando una cabeza separada por un sesgo y grandes lazos de la misma tela; el bajo del volante y los lazos llevan rulós de raso del mismo color que el vestido.

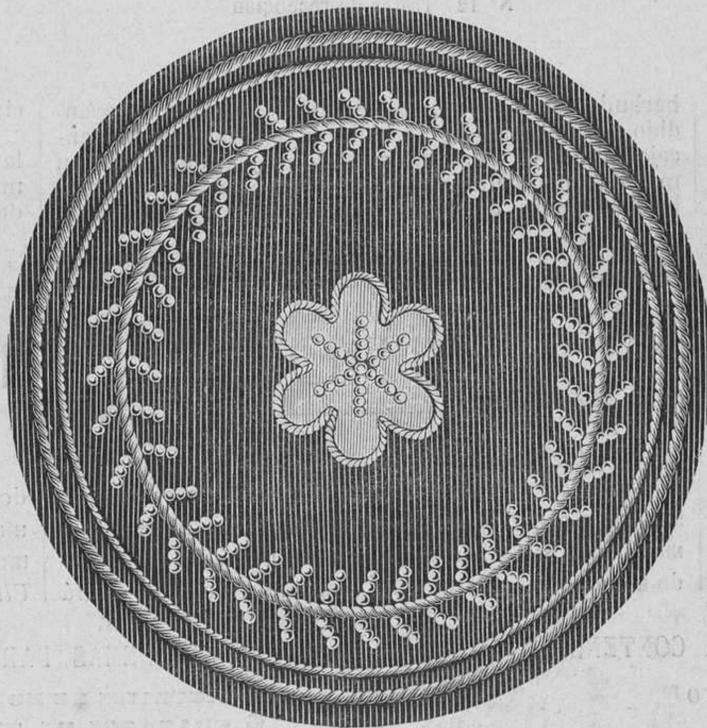
Túnica abierta por detrás y adornada con rulós. Casaca muy corta tambien de la misma tela, y formando por detrás como una especie de faldeta postillon sobre la cual caen dos cocas de cinta; el delantero forma una pequeña faldeta cuadrada, y el cuerpo está cubierto con una esclavina puntiaguda abierta por detrás, rodeada

Nº 9. Acerico mignardise y crochet.

Materiales: Algodon al crochet Nº 120; un crochet de acero de grueso proporcionado; mignardise Nº 37.



Nº 10. Tira para gorro griego.



Nº 11. Ruedo del gorro griego.

tro viniéndose á juntar en punta. Se pasa luego, entre estos hilos y sin tocar á la filocha, otro hilo trabajando siempre alternativamente por debajo del uno y por encima del otro, de manera que forma un tejido apretado y muy igual.

Mucha paciencia, maña y constancia, son las cosas que se necesitan para llegar á hacer estas labores con toda perfeccion.

Para hacer con regularidad la labor de mignardise, es bueno dibujar primero un papel y coser la mignardise encima. Despues se hará con puntos de cadeneta al crochet, cogiendo las lazaditas de la mignardise. Lo mejor es copiar exactamente nuestro dibujo.

Se hace un acerico cuadrado cubierto de raso y rodeado de una ruche de cinta, y se pone el cuadro de mignardise encima. En cada ángulo se coloca un lazo de raso. Este elegante acerico adorna muy bien un tocador.

Nos 10 y 11. Dibujos para un gorro griego.

Materiales: Terciopelo, cordo-

de sesgos y terminada con un fichu puntiaguado. Dobles mangas guardadas como la basquiña.

Variedades.

UNA EXTRAÑA COSTUMBRE. — Es un viajero quien habla:

« Recorriendo, dice, la ciudad de Harlem, me llamó en gran manera la atención ver encima la puerta de varias casas una hermosa y elegante gorra de señora, rodeada de seductores encajes. Creyendo que sería la muestra de algún almacén de modas, seguí tranquilamente mi camino sin manifestar la menor sorpresa, pero á los pocos instantes, pasando por otra calle, me admiré de ver nuevamente la consabida gorra sobre la puerta de una de esas grandiosas moradas en las que la riqueza de estilo de su fachada armoniza perfectamente con la opulencia y esplendor del interior.

Me decidí á no parar hasta que me quedara descifrado el enigma. Suponiendo pues que me dirigía á un almacén de alguna rica vendedora de encajes, fui á llamar á la puerta de la casa, y vi acudir á mi llamamiento á una joven y linda portera. Al deseo que le manifesté de visitar el establecimiento, la joven me contestó medio en holandés y medio en francés:

— *Comme in Mouschieur; moa niks palé français.*

Y sin querer atender á mis razones, me llevó y me hizo entrar en un salón de una riqueza espléndida. Allí me quedé plantado como una estaca y sin saber á qué santo encomendarme, cuando de pronto se abrió una puerta con estrépito, y héme aquí cara á cara con la

barbuda figura del dueño de aquellos lugares. Sorprendido y confundido de no hallar á la vendedora de encajes, como yo creía, me acusé lo mejor que pude, y en mi sobrecogimiento y confusión balbuceé algunas palabras de modas, de encajes, de gorras... ¡qué sé yo!

cima de cuya puerta se viese una gorra de señora. Aun en nuestros días, cuando la tropa pasa por delante de una de estas casas bendecidas por el Señor, los militares ahogan el rumor de sus pasos, los tambores dejan de batir y de tocar las charangas.



Nº 12. Trajes de recepcion.

El propietario viendo que yo era extranjero me recibió con bondad, pero apenas le hubé explicado el objeto de mi visita, cuando hé aquí que mi buen holandés deja escapar la mas franca carcajada que pudo oírse, y me hace saber que habiéndole su señora esposa hecho padre pocos dias antes de un robusto ciudadano holandés, habia mandado poner sobre la puerta de su casa la gorra de mujer que me atrajera, á fin de participar la publicacion de tan fausto acontecimiento.

Y en efecto, es uso y costumbre de Harlem que la gorra quede expuesta encima de la puerta hasta tanto que la interesante enferma haya dejado su cama. Si la gorra es color de rosa marcada en el fondo por un círculo de papel blanco, indica el nacimiento de una hembra; si el fondo de la gorra es simplemente de color de rosa sin el papel blanco, indica el nacimiento de un varon.

Segun los detalles que el afortunado padre de familia tuvo á bien darme gratuitamente, esta costumbre tiene su origen en el sitio de Harlem en 1573.

Los ciudadanos, no pudiendo ya resistir por mas tiempo á los ataques del enemigo que iba á asaltar la ciudad pasando á cuchillo á todos sus habitantes, se vieron obligados á capitular; pero antes de entregar las llaves de la plaza, obtuvieron, entre otras varias condiciones, que al entrar las tropas sería respetado todo domicilio encima de cuya puerta se viese una gorra de señora.

Aun en nuestros días, cuando la tropa pasa por delante de una de estas casas bendecidas por el Señor, los militares ahogan el rumor de sus pasos, los tambores dejan de batir y de tocar las charangas.

AVISO IMPORTANTE.

Con este número termina el tomo XXXII de la *Parte Literaria Ilustrada del Correo de Ultramar*, y segun hemos anunciado á nuestros lectores, concluye tambien aquí la seccion de Modas intercalada en esta pu-

blicacion desde enero último. En 1869 ne es ya una seccion especial lo que la empresa del *Correo de Ultramar* dará á sus suscritores, sino un periódico consagrado á la Moda, enteramente independiente, que saldrá

dos veces al mes en ocho páginas cada número, y formará al cabo del año un hermoso volumen de igual tamaño que la *Parte Literaria Ilustrada del Correo de Ultramar*.

CADA AÑO DE LA MODA CONTENDRA

CON EL TEXTO

600 COLUMNAS DE IMPRESION EN 4º MAYOR
300 MODELOS DE TRAJES DIFERENTES
250 MODELOS DE LABORES DE SEÑORAS, TAPIERIA, CROCHET, ETC.

Y ADEMÁS DARA FUERA DEL TEXTO

24 FIGURINES DE MODAS DE SEÑORAS
6 GRABADOS DE TOCADOS DE BAILE
6 FIGURINES DE MODAS DE HOMBRES
12 PATRONES DEL TAMAÑO MAYOR, FACILES DE RECORTAR PARA HACER VESTIDOS, CONFECCIONES, TRAJES DE NIÑOS, LENCERIA, BORDADOS, ETC.

Esta especificacion es necesaria para dar á conocer desde luego á nuestros lectores las ventajas de la nueva publicacion independiente sobre las que tenia la seccion especial que hemos dado hasta aquí; esto sin contar, con que el espacio que nos ocupaba esta seccion será devuelto como antes á las actualidades de todo género que constituyen la base principal de nuestro periódico ilustrado. Contamos con que nuestros constantes abonados y favorecedores sabrán apreciar desde lue-

go esta doble mejora que impone á la empresa del *Correo de Ultramar* un aumento de gastos considerable.

tendrá separadamente, y por excepcion, en lugar de figurin ordinario, una lámina doble, representando una coleccion de trajes para baile de máscaras, como no ha dado jamás de una vez ninguna de estas publicaciones especiales. El cuadro, que así puede llamarse, primorosamente iluminado, es digno de esta mencion particular, y de antemano estamos seguros que será recibido con la aceptacion que se merece esta bonita obra de arte.

Al siguiente número, con el cual principiaremos el año 1869, acompañará el primero de la *Moda*, que con-